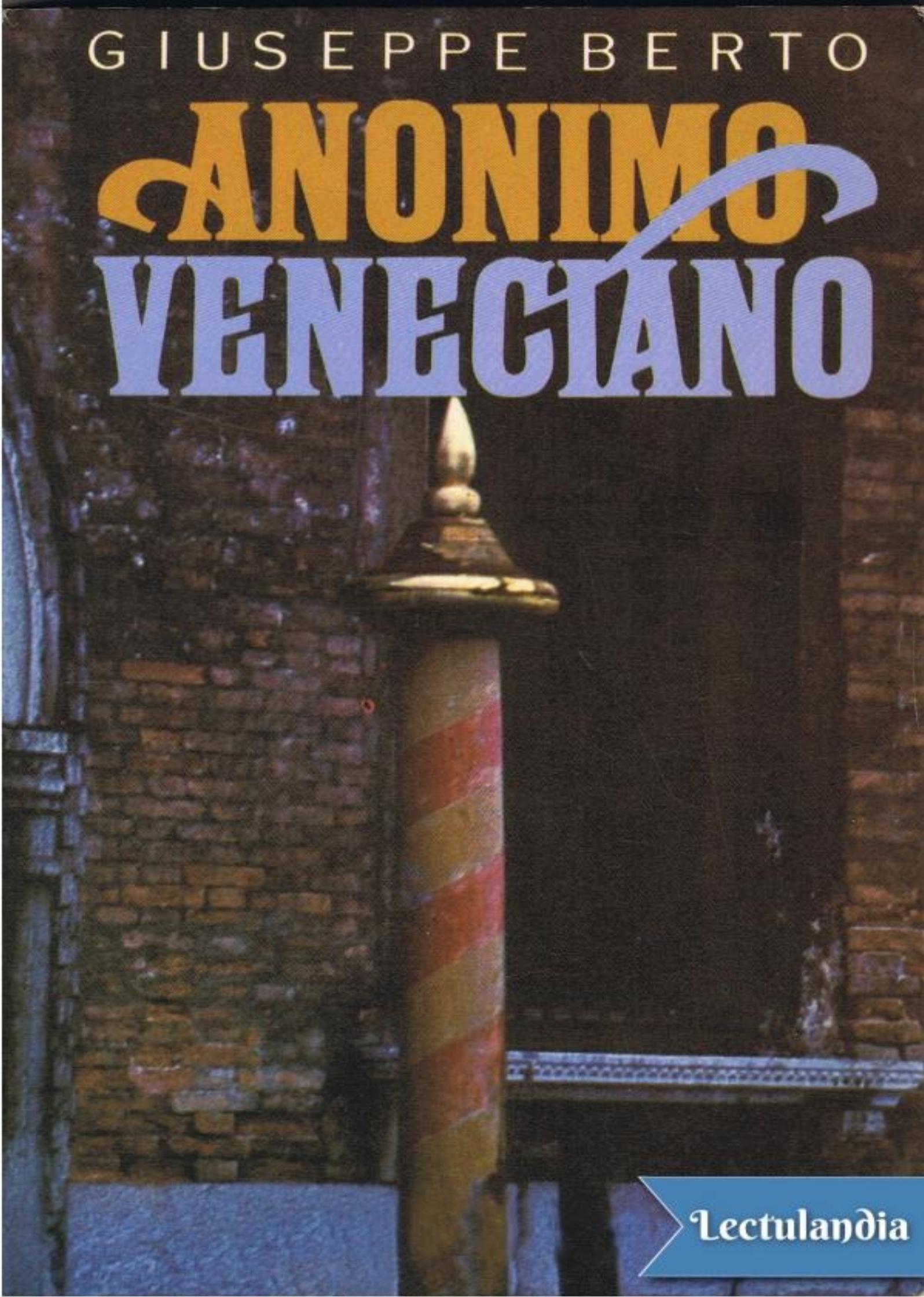


GIUSEPPE BERTO

# ANONIMO VENEZIANO



Lectulandia

Enrico, un tocador de oboe en la Fenice, cuyo sueño era llegar a ser director de orquesta, vive separado de su mujer, Valeria, quien ha creado una familia en otra ciudad. Aún así, él le ruega que regrese a Venecia. Valeria, desconfiada, piensa que Enrico quiere chantajearla, pero en cambio sólo pasean por una Venecia deshecha, agonizante, recorriendo los lugares donde vivieron su unión, y Valeria se da cuenta de que aún ama a Enrico.

**Lectulandia**

Giuseppe Berto

# **Anónimo veneciano**

ePub r1.0

RoqueNublo 20.02.2016

Título original: *Anonimo veneziano*  
Giuseppe Berto, 1971  
Traducción: Francesc Parcerisas  
Retoque de cubierta: RoqueNublo

Editor digital: RoqueNublo  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Tras largos años de éxito literario, Giuseppe Berto (uno de los novelistas más leídos y premiados de Italia) compuso para el cine un guión: el de *Anónimo veneciano*. Pero un guión, por muchos méritos literarios que contenga, no es precisamente un relato, sino la osamenta de un relato que habrá de ser narrado, en otra síntesis, por medio de la cámara. En este caso por el contrario, Berto ha elaborado una novela a partir de un guión. Como si hubiera querido invertir el orden corriente de esta clase de translaciones. El resultado ha sido un texto escueto e intenso, de plástica evidencia, pletórico de sutiles tensiones. Su desarrollo, su ritmo, su vida interior, son verdaderamente «cinematográficos» por la sobriedad, transparencia y precisión de atmósferas y caracteres, sin por ello perder la riqueza de matices, el melancólico espesor de una historia amorosa que capta el esplendor del momento y también la ineluctable decadencia y muerte de todo momento bello. Como la maravillosa Venecia, como la vida toda de los hombres y hasta las ideas que esos hombres hayan tenido alguna vez sobre el amor. Así todo reencuentro —y todo encuentro— es también una despedida; todo nexa una frontera insalvable, o casi insalvable, en el aura de una desgarradora delicadeza verdaderamente musical (no es casualidad que el protagonista sea un músico).

Atento a la inminencia de la tragedia, Berto no necesita relatarla para sugerirla. Y de esta forma, en la poesía del fragmento, del instante, de la ocasión, nos brinda esta obra los claroscuros del pasado, la tensión del presente, la amargura del inevitable futuro.

## Prefacio

Hemingway decía que un escritor, si es suficientemente bueno, debe medirse cada día con la eternidad o con la ausencia de eternidad. No me atrevería a juzgar que yo sea uno de esos buenos escritores, pero el desasosiego de medirme con la eternidad o, aún peor, con la falta de eternidad, lo conozco muy bien. Quiero decir con eso que no me vanaglorio de producir obras inmortales cada dos por tres, pero que sí tengo por norma trabajar con seriedad y limpieza de intenciones, buscando incluso el éxito, finalidad ciertamente legítima, siempre que esa búsqueda del éxito no comporte alienaciones. Y, por estas mismas razones, cuando me acusan de componendas, de haber montado algún enredo con la industria cultural, me siento dolido y me ofendo.

Este tipo de acusaciones contra mi persona menudearon a lo largo de 1971, cuando se publicó por primera vez el *Anónimo veneciano* en forma de diálogo directo con algunas acotaciones. El libro aparecía tras la filmación de una película de gran éxito —se trataba, efectivamente, de los diálogos del film— y la sospecha de que en conjunto, no se tratase sino de una gran operación comercial, surgió espontáneamente.

Para acabar de complicar las cosas, por aquellas mismas fechas, y en un clima de gran euforia consumista, apareció en Italia *Love Story*, novela que, tanto en América como en el resto del mundo, había sido objeto de una triunfal acogida. *Anónimo veneciano* y *Love Story* tenían, fatalmente, algunos puntos de semejanza, de modo que muchos no se preocuparon excesivamente y creyeron, e hicieron creer, que yo había escrito *Anónimo veneciano* no tan sólo teniendo en cuenta las investigaciones de mercado, sino siguiendo las huellas de un colega tan espléndidamente favorecido por el éxito.

Pues bien: la acusación de imitación es ridícula. El diálogo de la película *Anónimo veneciano* lo escribí, y entregué a Enrico María Salerno, que era quien me lo había encargado, en 1967, unos años antes de la aparición de *Love Story*. Y, a mis ojos, también es igualmente ridícula la acusación de alienación. La publicación de un libro es, casi siempre, una operación comercial: el editor hace imprimir un volumen con la esperanza de venderlo, y su esperanza puede estar basada en factores ajenos a la literatura. El éxito de algunos films inspirados en *El Decamerón*, por ejemplo, puede haber inducido a algún editor a publicar, a toda prisa, las narraciones de Bocaccio, sin que ello sea motivo para que sospechemos que existe colusión entre Bocaccio y la industria cultural. Tal colusión solo podría existir en la fase de creación de la obra, nunca cuando está en la imprenta, y querer penetrar en las intenciones de un escritor mientras imagina y escribe una obra es una perversa presunción, como si decidiésemos penetrar con soberbia e ignorancia un misterio que suele serlo incluso para quienes están imaginando y escribiendo. En lo que respecta a mi caso, era injusto que quien desease juzgarme acusándome de mala fe y plagio en una obra que, a fin de cuentas, trata de la muerte y del coraje de morir, tema que, más o menos

alegremente, impregna toda mi vida y casi todos los libros que he escrito.

En consecuencia, la publicación de *Anónimo veneciano* me causó más contratiempos que cualquier otra cosa.

Tal vez me hubiese resignado a ello, soñando quizá con desquitarme después de la muerte —mejor o peor, había escrito la obra midiéndome con la eternidad—, si no hubiese venido a caer a mis manos la edición inglesa de mi libro, en la traducción hecha por una tal Velerie Southorn. Empleando ingeniosamente las acotaciones, la traductora había transformado el drama en una narración, obteniendo unos resultados que, para mi, resultaron reveladores. Si ella lo había hecho por su cuenta, ¿por qué no podía hacerlo yo también?

Así es como llegué a esta redacción de *Anónimo veneciano*, con la cual espero cancelar, cuando menos parcialmente, las impresiones adversas levantadas por la primera. El diálogo continúa siendo prácticamente el de la primera edición, pero las sobrias acotaciones se han convertido en fragmentos narrativos, escritos con fatiga, meticulosidad y ambición, a fin de lograr una profundidad psicológica de los personajes que el simple diálogo no permitía, y para conseguir una ligazón más auténtica entre el protagonista que va a morir y la ciudad que agoniza a su lado. Puedo decir que jamás en mi vida había trabajado tanto para escribir tan poco, y que nunca me había abandonado de este modo al placer atormentador de permitir que los pensamientos buscasen a sus anchas las palabras más apropiadas, cambiando tal vez en esa búsqueda para presentarse de manera muy distinta y exigiendo nuevas palabras. Esta es una operación que la industria cultural no acostumbra a exigir y, mucho menos, agradecer.

GIUSEPPE BERTO

Luchó este pueblo mil años  
osadamente por la vida,  
y luego durante trescientos más,  
se limitó a invitar a la muerte.

John Ruskin, *Las piedras de Venecia*

**D**ifuminada entre unos jirones de niebla que no acababan de disiparse ni de transformarse en lluvia, jirones un tanto deshilachados por el entumecido siroco, más atmósfera que viento, hundida en un pasado de grandeza y esplendor, y seguramente incluso de una inmodestia próxima al pecado, la ciudad se hallaba continuamente sometida a un sordo rumor, a olores de agua estancada en lo alto de una indolente marea. Sol y luna le señalaban un ritmo distinto, y, como suspendida por un doble paso del tiempo, moría incesantemente en los mármoles y ladrillos, en los pavimentos hundidos, en las vigas, arquivadas, en las excesivas bandadas de palomas, en la inquietud de millares de ratas que se reproducían a escondidas. Y entre la gente, todos con algo de aquella inevitable fatalidad dentro de sí. Se comportaban igual que todo el mundo: dirigíanse a comprar el pan o el periódico, a los tribunales o a abrir su tenducho, o a la escuela, incluso a la iglesia, pero lo hacían con mayor despreocupación que en otros lugares, con una sonrisa sutil y amable, con un aire de comedia que, precisamente, era una invitación a que la muerte se apresurase. Luego, campanario tras campanario el cielo opaco fue estremecido por el mediodía sin lograr, a pesar de ello, introducir un toque de alegría en la húmeda mañana de noviembre. Más allá de la comedia, quien tenía sentimientos y presentimientos poco alegres, no le quedaba más remedio que sobrellevarlos. Los moros del reloj golpearon por turno, dos veces, hasta que las doce campanadas acabaron de resonar en los tejados y la gran plaza del santo evangelista.

**E**n la estación, el rápido de las doce, procedente de milán, se detuvo con suavidad desacostumbrada al final del andén número cuatro, sin producir ningún ruido hasta que se oyó el del aire comprimido que abría las portezuelas automáticas. Bajaron los pasajeros más impacientes, con escaso o ningún equipaje: no era hora de turistas. Pronto, al lado del andén solo quedarían los grupos de limpieza, diligentemente reunidos con sus escaleras, cubos y bayetas para lavar los cristales de las ventanillas, tarea que llevaban a cabo con extraordinaria animación, puesto que era la postrera antes del almuerzo.

Ella fue la última en descender del vagón de cola y empezó a andar sin el menor titubeo, pero con la cabeza gacha, como si hiciera un esfuerzo por no preocuparse de si habían ido a recibirla. Vestía con premeditada sobriedad un conjunto de lana verde pardusco, y llevaba un gran bolso de cuero y un paraguas cuyas dimensiones, cerrado, eran minúsculas. En el cuello, sobre una blusa color tabaco, lucía un sencillito collar de perlas, que a lo mejor no eran auténticas. Era muy probable que se hubiese esforzado por no presentar un aspecto de demasiada hermosura ni de riqueza, pero era hermosa y la riqueza le iba como anillo al dedo. Continuó avanzando, ondeándole el cabello y con paso armonioso, decididamente obstinada en mantener la cabeza

baja. Sólo la levantó cuando se detuvo ante él. Su rostro también era hermoso, aunque ya no joven, pero su expresión parecía adusta, tal vez como defensa, para ocultar el miedo que, a pesar de todo, dejaba traslucir. Y, naturalmente, ni el menor atisbo de ternura.

Él algo más alto que ella, rondando la cuarentena, la esperaba allí, en la puerta del andén número cuatro, por donde ella debía pasar necesariamente, si llegaba. Y ahora ya había llegado. De modo que ahora la mira casi con gesto retador, por ser demasiado hermosa y elegante, mientras que él, con sus pelos, en las arrugas del rostro, en el impermeable un tanto deslucido, en los zapatos que no son nuevos y carecen de lustre, exhibe con ostentación los signos del genio que no ha tenido demasiada suerte. Además, sus ojos mantienen con energía una expresión de tenaz ironía, como si se tratara de un sentimiento al que los genios poco afortunados tuviesen un irrenunciable derecho. Y aparece un deje de ironía cuando por fin consigue decir:

—Gracias por haber venido.

Ella, que ha desviado la mirada, negándose a comprender, no vuelve a posar en él sus ojos. Seguramente su pasado no alimenta tan solo miedo e ironía, sino un cansancio desconfiado.

—¿Que querías que hiciese? —le dice, pero no se trata de una pregunta.

—En el andén seis está el *Orient Express* —informa él—; sale dentro de treinta y dos minutos.

—Si con eso te basta, que sean treinta y dos minutos —responde ella acentuando su tono de desconfianza y de cansancio.

El hombre duda, tentado de responder que sí y mandarla a paseo.

—No —responde, sin embargo.

—Pues aquí me tienes.

—¿Donde quieres que vayamos?

—Si tú no lo sabes...

**N**o era fácil saberlo, a él también le falta claridad y determinación. Sin embargo vuelven a dirigirse hacia la entrada, pasando junto a algunos hombres en cuya gorra llevan escrito, en letras doradas o plateadas, el nombre de hostales desconocidos. Éstos se apresuran a ofrecerles, con aire de bellaquería profesional, habitaciones confortables, aunque no sea eso lo que ellos buscan. Delante tienen la neblinosa claridad del gran espacio que se extiende sobre la Fundamenta y el canal. Los campanarios ya han dejado de tañer y la ciudad vuelve a hallarse sumergida en sordo rumor. Él hace todos los posibles por mantener, un tanto míseramente, su aspecto de genio caído en desgracia, pero la verdad es que en ese primer asalto, ha llevado las de perder. Sin embargo ella no puede aprovecharse, ya sea por extenuación, ya porque se encuentra demasiado obcecada en disimular su anonadante temor.

—Lo siento, no has encontrado muy buen día —dice él mientras salen a la parte alta de la gran escalinata, con el canal enfrente, y el estrépito de las barcas, motonaves y vapores. Y es que la gente tiene que comer, crecer y morir—. De todos modos —prosigue—, ya casi estamos en invierno, es normal que haga este tiempo. ¿Que tiempo hacía en Milán?

Ella se encoge de hombros a fin de subrayar la vacuidad de la conversación.

Sin embargo él no se da por vencido.

—¿Hacía sol? Milán es espléndida —dice, todavía, con penoso sarcasmo, antes de guardar silencio.

Bajan las escaleras y atraviesan en diagonal la Fondamenta hacia el embarcadero mientras ambos contemplan las palomas que, con soberbia obstinación, solo se aleja de sus pies en el último instante. Ahora ya hay palomas por todas partes, no sólo en las plazas. Imagina una Venecia esplendorosa, con el agua alcanzando el nivel de los primeros pisos, con los tejados y cornisas repletos de palomas esqueléticas, y gaviotas, y cuervos exánimes, y ni un solo ser humano. Pensándolo bien, no se trata de una ciudad tan esplendorosa como todo eso.

Entran en el embarcadero para esperar la motonave que realiza el servicio rápido hasta la Academia. Hay algunas otras personas, pocas, absolutamente nada interesantes o atractivas. Por otra parte a él le resulta difícil encontrar interés en personas que no sean ella, que ahora contempla el tránsito del Canal Grande, aunque es manifiesto que no está pensando en el tránsito. El embarcadero flotante se balancea con el paso de las barcas y canoas, y él experimenta una extraña náusea que, en todo caso, no puede atribuir a su dolencia, al menos no necesariamente. Tal vez se deba a la tensión con que la ha observado mientras se le aproximaba por el andén, o a aquel fastidioso inicio de la conversación, o a la inutilidad de cualquier clase de hecho, cosas todas ellas que repercuten en el vientre, en el estómago, y de ahí presumiblemente, la náusea.

—¿Hace mucho tiempo que no habías estado en Venecia? —le pregunta.

Ella decide que, en cierto sentido, le interesa responder, pero lo hace con un tono de voz muy lejano, sin mirarle.

—Desde entonces debo haber venido dos o tres veces.

—Y nunca me has dicho nada. Ni una postal, ni una llamada por teléfono.

—¿Por qué iba a decirte algo? —replica ella con cansada amargura. Pero se sobrepone rápidamente y, con agresivo rencor, añade—: Además no es cierto. Una vez te escribí diciendo que venía. Quería hablar contigo, lo necesitaba. Y tú no me contestaste.

—¿De veras? —inquire él, distraído—. Es posible. Si tú lo dices, es posible.

—No es posible —insiste ella, puntillosa—, es cierto.

—Claro, claro. Si tú lo dices...

Lo ha dicho todavía con un resto de intención provocativa, pero ella no le da importancia y, además, la motonave ya se acerca. Suben a bordo; no hay mucha

gente; hay muchos asientos vacíos. Pero ella desea permanecer en el exterior, de pie, con la espalda apoyada en la cabina del piloto. Aquí el peinado de la peluquería va a quedar deplorablemente deshecho.

—Vas a despeinarte —dice él.

Ella ni siquiera se encoge de hombros.

La motonave se pone en marcha, y, tras un breve recorrido, se detiene en el embarcadero del Piazzale Roma. En él todo un grupo de campesinos, probablemente todo un autocar llegado desde algún villorio próximo, embarca empujando con gran algarabía. Ella los ignora por completo, con la mirada indiferente, fija sobre la Fondamenta del otro lado del río. Pero él, el genio que no ha podido realizarse, muestra una justa intolerancia ante la vulgaridad. «Si Venecia tiene que flotar en estas condiciones —piensa—, más vale que se hunda». E incluso este sentimiento de irritación, no excesivamente noble, se le clava en el estómago, y su náusea prosigue. Su enfermedad no tiene nada que ver con este tipo de molestia.

La motonave prosigue su recorrido y pasa bajo el puente, hacia Río Nuevo. Ahora él la mira con atención y sensibilidad hacia su belleza y condición, y tal vez se atreva a formular una ironía que, de otro modo, no le hubiese resultado demasiado provechosa.

—Hace un cuarto de hora que estamos juntos —le dice—. Y todavía no me has mirado a la cara.

—Te he mirado en la estación —responde ella sin decisión.

—Oh, no dirás que eso es mirar. Intentabas comprender. Quizá querías leer en los ojos por qué te he llamado.

—¿Por qué me has llamado?

—¿Que opina de ello tu abogado?

Ella reacciona con vivacidad, mirándole escrutadoramente.

—¿Mi abogado?

Se lee fácilmente en las pupilas, en su expresión extraviada, que, efectivamente, ha consultado con su abogado antes de dar este paso. Aunque eso, a él, le importa muy poco.

—Ya era hora de que me mirases. ¿Que tal me encuentras?

Ella frunce los labios, a medio camino entre el temblor y el desprecio.

—Si me has llamado a causa de Giorgio...

—Que cosas se te ocurren —comenta él, sonriendo ligeramente—. Te he preguntado que tal me encuentras.

Ella continúa mirándole inquisitivamente; su miedo queda evidenciado con toda claridad.

Pero él insiste, con énfasis, desafiante.

—¿No lees en mi cara los signos de mi destino? La gloria por ejemplo. O, tal vez, la muerte. Ambas son cosas importantes, al menos para los interesados.

Se ha mostrado burlón, impúdico, exhibiendo una especie de exaltación

masoquista ante su propio fracaso, o tal vez sea causa de cualquier otro motivo igualmente degradante. Pero en ella el desprecio sirve para ahuyentar el miedo.

—Eres el mismo. No has cambiado ni por dentro ni por fuera.

—Pues tú sí has cambiado, al menos por fuera —dice, mientras que con la yema de los dedos, sin apenas rozarla, le resigue los párpados. A pesar de todo, se trata de un gesto amoroso, aunque más bien es como si fuese un ademán impreciso, quizá casi desesperado—. Aquí tienes unas arruguitas que antes no tenías. Te caen muy bien. Estás muy guapa. ¿No sabes que estás más guapa que antes? ¡Quién se lo iba a imaginar!

Ella ha quedado como perdida un instante, con los ojos ligeramente entornados y la boca cerrada, con aceptación. Pero después adquiere todavía más rigidez, y entonces él concluye con malicia:

—Por lo visto, el dinero sirve para hermostear a la gente.

Ella vuelve a bajar la mirada, fijándola en las aguas del canal, arremolinadas por el paso de la motonave.

Él no sabe soportar su lejano silencio, y vuelve a provocarla aferrándose a su punto más débil.

—¿Qué decías ahora mismo de Giorgio?

—No decía nada.

—Creo que debieras decirme algo. A fin de cuentas yo soy...

Con la cabeza baja, ella responde, esforzándose:

—Va al colegio, como todos los niños.

—Supongo que será un colegio de curas. Curas de lujo, los que educan a los futuros capitostes.

—Va a un colegio público.

—Ah, me parece muy bien. Muy bien. Yo siempre he sido partidario de la escuela pública. La escolaridad privada es un privilegio anacrónico. ¿Que curso hace? ¿Segundo?

—Primero.

—Claro. Todavía no tiene once años, ya recuerdo. Los cumple el mes que viene, el doce de diciembre.

—Los cumplió el nueve de setiembre.

—¿De veras? —exclama él—. Nunca he tenido muy buena sesera para los números. Además, como padre, siempre he sido un sinvergüenza. ¿A que tú también crees que he sido un sinvergüenza?

Ella, con actitud de suficiencia, guarda un silencio menospreciativo.

Y él, aunque siente la imperiosa necesidad de dejar de comportarse como lo viene haciendo, insiste, volviendo a preguntar:

—¿Tu otro hijo, cuantos años tiene?

—Mi otra hija. Es una niña. Cuatro años. —Así es como ella le responde: sin mirarle, con la menor cantidad posible de palabras.

Y él se torna mohíno, pero no ceja.

—¡Caramba! Como pasa el tiempo. ¿Como se llama?

—Silvia.

—No, me refiero al apellido. ¿Lleva el apellido de su padre natural o el mío? Sería divertido que llevase mi apellido.

—Legalmente es hija de su padre y su madre. Fui a tenerla a Inglaterra. Allí están permitidas esa clase de cosas.

—Vaya por Dios, ¡lo que se puede llegar a hacer con un buen fajo de billetes! —comenta él, recuperando, aunque precariamente, el tono irónico que había perdido—. Supongo que era la mejor solución. Al menos la mejor para la niña. Se ha encontrado con un padre millonario.

—Es su padre —dice ella, subrayando casi rabiosamente el verbo.

—¿Quién lo ha negado? —acepta él con su ambigua indulgencia—. Además me gustaría saber a santo de qué vienen estas discusiones. Ahora aquí también tenemos el divorcio.

—Pero nosotros no entramos en lo previsto por la ley del divorcio, ni siquiera nos hemos separado.

—¿Que salidas tienes, acaso es culpa mía?

—Nunca has demostrado tener el menor deseo de comprensión, de colaboración. Me atrevería a decir que ni siquiera de responsabilidad.

Él tiene un punto iracundo:

—¿Por qué demonios iba a colaborar? Además si realmente hubieses deseado la separación, habrías podido obtenerla sin mi cooperación.

—Una separación por mi parte —comenta ella amargamente— habría sido como poner en tus manos el arma para vengarte. Además lo que yo quería era la anulación.

—Muy bien —dice él con sarcasmo—. La anulación proviene de nuestra santa madre Iglesia, y corta de raíz todos los inconvenientes. Y nosotros dos, luego, como si jamás nos hubiésemos visto. Como si el niño existiera por obra y gracia del Espíritu Santo...

Ella levanta los ojos y le mira sosegadamente.

—No me vengas con monsergas.

—¿Monsergas, yo? No irás a negarme que la santa madre Iglesia está hecha a imagen y semejanza vuestra, de los ricos.

—¿Me has hecho venir a Venecia para decirme todo eso?

Ahora es su turno de encogerse de hombros.

Pero ella se obstina.

—¿Por qué no te presentaste ante el Tribunal de la Rota cuando te citaron? Hubiésemos podido obtener la anulación en tres o cuatro años.

—Incluso más de prisa imagino. Debéis estar muy bien relacionados con los curas.

Ahora es ella quien se siente herida y, como advierte que le está siguiendo el

juego, vuelve a preguntar, agresiva:

—Entonces ¿se puede saber por qué no te presentaste cuando te citaron ante el Tribunal de la Rota?

Sorprendentemente, ahora que él ha hecho todo lo posible para enojarla, parece ya no tener ninguna clase de interés en el asunto. Ya no le interesa. Y acaba confesando, diríase que con dolor y evidentemente con sumisión:

—Porque estoy chalado. ¿No te parece razón suficiente? Soy un majareta.

Ella sabe que no miente, pero desconfía de él; no acaba de comprender qué hay tras esta aceptación aparentemente tan desarmada. Es innegable que debe haber padecido frustraciones, y no es solo el modo como viste lo que le hace pensar así; él nunca se ha preocupado demasiado por cuestiones de vestir, es más bien cierto aire de desolación que proviene de los rasgos faciales, de sus ojos, incluso de sus palabras, sobre todo cuando son irónicas o airadas. Y es precisamente por eso por lo que, con él, la compasión es un sentimiento peligroso. Vuelve a contemplar las aguas del canal agitadas por la motonave.

La motonave dejó atrás el cruce con el río de Malcantón y siguió avanzando, siempre a poca velocidad. Él la estudiaba ahora con cierto abandono, contemplaba su cabeza baja, tan bella, tan seguramente distante. De nada le hubiera servido iniciar la letanía de *meas culpas*. No le hubiera servido de nada aunque las circunstancias hubiesen sido totalmente distintas, es decir, aunque hubiesen existido esperanzas, por remotas que fuesen. ¿Era posible que la amase? ¿O dependía todo de la circunstancia de que la necesitaba desesperadamente?

Y le dice:

—¿Por qué no levantas la cabeza? Ahora pasamos bajo el puente de Ca'Foscari.

Y ella, sin levantar la cabeza, responde:

—Ya lo sé.

Y él, tal vez porque se siente perdidamente ridículo, se deja llevar.

—Tenías diecinueve años y hacías segundo curso de inglés. Ibas dos años adelantada, un verdadero récord. Y, naturalmente, eras contestataria, aunque la contestación todavía no había sido inventada. Teníamos que tomar una resolución sobre una manifestación contra el imperialismo norteamericano. Tú estabas con los representantes de Ca'Foscari, y yo con los de Benedetto Marcello. A las diez de la mañana los dos estábamos poseídos por la misma sacrosanta furia y desprecio hacia los Estados Unidos de América. Y a las cuatro de la tarde ya estábamos en la misma cama, en aquella habitación helada de la Fondamenta de la Verona. ¿Recuerdas mi habitación en la Fondamenta de la Verona?

Claro que se acuerda. ¿Como se puede olvidar la habitación donde te vas a la cama con un hombre siendo la primera vez que lo haces? Y haría bien en recordar que era la primera vez. Parece querer sacar demasiado provecho a la circunstancia de que sólo necesitase seis horas para decidir irse a la cama con él.

—Era la primera vez —le dice, puntillosa—. La primera vez que iba con un

hombre.

—Y el hombre se había equivocado —concluye él con sorprendente abatimiento—. Siempre ocurre lo mismo.

La motonave había dejado el Río Nuevo para entrar en el Canal Grande, aumentando inesperadamente de velocidad, mientras describía una curva en dirección a San Marcos. Los esplendidos palacios, con sus pesadas fachadas de mármol, se hundían con más rapidez que cualquier otro edificio. Y, en el fondo, no era injusto, puesto que de ese modo se admitía la autenticidad de la relación que existe entre riqueza y decadencia, aunque luego los nuevos ricos que sucedían a los viejos, arruinados ya, reavivasen un resto de poder suficiente para mantener en pie las deslumbrantes fachadas de las viviendas. Él no lograba pensar en todo eso sin rencor y, además, las aguas más agitadas del canal habían acentuado su mareo. Quedóse al lado de ella, ambos con la mirada fija en el suelo.

Pero él no permanece mucho tiempo con la mirada baja y vuelve a fijar los ojos en ella, como si la necesitara, de un modo casi suplicante. La mujer, sin embargo, mantiene la cabeza obstinadamente baja, alejada por el miedo de verse herida en lo que es su vida si él. Y él no quiere sentirla tan lejana.

—¿Todavía te gusta? —le pregunta.

—¿El qué?

—Venecia. Es magnífica, ¿no? Incluso con este tiempo. Es bella para morir. ¿No crees?

—Lo mismo da.

—¿No te gustaría volver a vivir aquí? A fin de cuentas naciste aquí, como yo.

Es una conversación difusa, propia de quien no quiere sentirse solo, pero ella experimenta un estremecimiento.

—¿Que quieres decir? —pregunta ella, alarmada y tensa.

—Solo quiero decir lo que he dicho. Nada más.

—Nada más no es una respuesta. ¿Por que me has telefoneado pidiéndome que viniera? Después de ocho años.

—Porque sí.

Ella vuelve a hacer un gesto de despecho.

—No puedes responder siempre del mismo modo. ¿Que quiere decir porque sí?

Pero él no contesta; parece haber decidido provocarla, deseando herirla y hacerla sufrir. Se miran el uno al otro, con dureza, como midiendo sus fuerzas. Por el momento ella es la más débil. Cede y desvía la mirada.

—Me das miedo —dice.

Él al advertir su debilidad, se muestra repentinamente más agresivo.

—¿Has venido sólo por miedo?

—¿Crees que todavía no me has hecho sufrir bastante?

Sobre eso de haberla hecho sufrir, él también está de acuerdo. Vivir juntos no fue cosa fácil, fue una lucha continua, muy destructiva para ambos, aunque aparentemente inevitable.

—No siempre lo hice con intención —dice él—. A veces era una fuerza ajena a mí mismo que me empujaba a hacer o decir cosas que no quería. Tal vez ya estaba algo desequilibrado. —Tocado de la cabeza, quiere decir, y, realmente, mientras lo dice se la ha tocado, aunque ella no lo estaba mirando—. Mi cerebro nunca ha funcionado demasiado bien ¿no crees? ¿Por qué no respondes? Te he hecho una pregunta.

Las últimas frases las ha pronunciado con humildad, casi suplicante, sin el menor indicio de arrogancia. De modo que ella responde, comprensiva:

—Tal vez no fueras totalmente culpable del daño que me hacías. Pero, a pesar de todo, me lo hacías. Y yo lo sufría, ¿entiendes? Yo también tenía derecho a defenderme del sufrimiento, ¿no? Cuando la persona que te hace sufrir es una persona a quien quieres, tu única posibilidad de defensa que te queda es quererla menos, si lo logras.

—¿Y tú lo has logrado?

—Con tiempo. Con tiempo se puede lograr cualquier cosa. Pero hasta que lo logré... De veras, ya he sufrido bastante.

—¿Y yo no? ¿Crees que no me hacías sufrir con tu moralismo, con tu perfeccionismo, con tu juiciosidad? ¿Con tu clarividencia infalible, ilimitada? Si al menos hubieses sido juiciosa de verdad. —Hace un gesto iracundo, como si acabase de tomar una resolución—. Cielo santo —murmura— han pasado ocho años, ocho años, y continúas en el mismo sitio, anclada en el pasado, al daño que pude hacerte.

—Oh, después también me hiciste daño, no creas.

—¿Es que no podemos dejar de echarnos en cara el pasado? Y, además, ¿es que es un pasado del que sólo quedan malos recuerdos? ¿No hay algo que podamos recordar sin rencor?

Ella vuelve a encogerse de hombros. Es su respuesta a esta cháchara inútil. Él todavía no ha dicho nada que tenga visos de sinceridad y honradez, virtudes que, evidentemente, continúan siéndole ajenas.

—Llegamos a San Samuele —advierte él—. Si quieres puedes bajarte aquí y volver a la estación. Hay un rápido a las 14,36. Estarás en Milán a las 17,10.

La motonave atraca en San Samuele, pero ella no hace el menor movimiento que indique que se dispone a bajar.

—Ya tengo reserva en el rápido de las 20,38. Basta con que llegue a casa antes de medianoche.

—¿A casa? —repite él rabioso.

—¿No puedo decir «a casa»? —estalla ella, todavía más irritada—. ¿Que es lo que debo decir, según el señor? ¿Quieres que me sienta marginada, que me sienta como una pelandrusca cualquiera?

Él formuló la pregunta dejándose llevar de su propio impulso, enojado, sobre todo, por la reservada actitud de ella, por su programación previa, que, naturalmente, le excluye y excluye cualquier cosa que la pueda hacer cambiar de tren, de horario. Pero ya que ella le ha obligado a reflexionar sobre esa situación, llamémosla familiar, que tanto debe asquearla, lo mejor es sacarle el máximo partido.

—¿Sabe él que has venido a verme? —pregunta.

—No faltaría más. Nuestras relaciones son leales. No nos ocultamos nada. Lo que realmente me hizo romper contigo fue que no soporto las mentiras.

—¿Y no ha hecho ninguna objeción? ¿No te ha propuesto mandarme el abogado en lugar de que vinieses tú?

Ella medita la respuesta, a sabiendas de lo que se juega. Por otra parte, al acabar de hacer un elogio tan decidido de la lealtad, sería un tanto extravagante recurrir a engaños.

—Quería venir él en mi lugar —explica.

Pero él, en realidad, se echa a reír, zumbón, aunque con una pizca de amargura.

—¡Oh, no! El Caballero del Trabajo, uno de los diez primeros contribuyentes de la ciudad de Milán, molestándose en venir a hablar conmigo, que precisamente figuro entre los diez últimos contribuyentes de la ciudad de Venecia. —Reflexiona un instante, como si la idea le regocijase, pero después estalla en un evidente rencor—: ¿Cuanto me habría ofrecido, dime? ¿Cincuenta, cien millones? ¿Mil millones? Figúrate. ¡Mil millones! Es una cifra que ni siquiera soy capaz de imaginar, y, sin embargo, él puede presentarse y decirme: «Señor, le ofrezco mil millones de liras si deja en paz a mi mujer». Y yo: «Pero si es mi esposa». Y él: «No, que es mía». Y así todo lo que quieras. Habría sido una ópera bufa.

—Por favor, no te rías —interviene ella tristemente—. Me ha ayudado mucho y me quiere.

—Y tú también le quieres, ¿no? —grita él—. Tiene la hermosura del dinero. ¿A que sí?

La gente, la gente vulgar que llena la motonave, ha ido separándose de ellos, ha dejado un espacio vacío a su alrededor para poder contemplar la escena.

—No grites —dice ella con rabia—. Todo el mundo nos está mirando.

—Que se fastidien —grita, aún con más fuerza, el genio fracasado—. Vamos, responde: ¿le quieres, a tu caballerito atildado? ¿Te has enamorado de él?

—Tenemos una hija. —Dice ella con sumisión.

Él ya no tiene ganas de gritar. Es evidente que no le ama. ¿Como se atreve a pensar que ella puede amar a un hombre como aquél? Vive con él porque es lo que más le conviene, e incluso puede que la hija la hayan tenido por una conveniencia igualmente honesta. Ella tiene el don de revestir de honestidad todo cuanto toca, pero ya no tiene ganas de agredirla porque ve que su honestidad no le evita ciertas dosis muy justas, de humillación y sufrimiento.

—Si, es cierto, tenéis una hija —dice él más sosegado—. Y a Giorgio también lo

tenéis vosotros. —y, como preocupado por la ternura que puedan traslucir sus palabras, añade—: Apostaría a que le llama papá. ¿Me equivoco?

Ella contesta apretando los dientes, temerosa:

—No, no te equivocas. Pero sabe que su padre es otro.

Esta frase también pudiera prestarse a muchos comentarios irónicos e humorísticos. Pero él se encoge de hombros y parece preferir el cinismo.

—Por lo que cuenta él de verdad. Además, seguro que, ese tipo, como padre, también debe ser mejor que yo... —Luego, de pronto, al advertir que la motonave ha atracado en la Academia y que los viajeros que iban a apearse lo han hecho ya, mientras que los que deben subir están a punto de hacerlo, la toma inesperadamente de la mano y tira de ella—. Vamos, ya hemos llegado.

**H**abíanse parado en medio de la Fundamenta de la Academia, todavía cogidos de la mano, cosa que ya no era necesaria y, por lo tanto, tal vez muy poco oportuna. No se sentían suficientemente límpidos como para poder realizar ademanes sencillos, y aunque ella continuase con su mano abandonada en la de él, su gesto no demostraba nada, puesto que su rostro se mantenía cubierto por aquel velo de desconfianza y temor.

Es él quien, por fin, le suelta la mano.

—¿Donde quieres que vayamos? —le pregunta, aunque evidentemente, se trata de una pregunta estúpida, ya que ha sido él quien ha dicho que habían llegado y la ha tomado de la mano para hacer que baje a toda prisa.

—Es la segunda vez que me lo preguntas —observa ella tímidamente, y desearía añadir que carece del sentido de las cosas, que es débil, y que, en el fondo, siempre lo ha sido, y que tal vez es injusto que le tenga miedo, aunque todavía nadie haya demostrado que los débiles sean menos capaces de hacer daño que los fuertes—. ¿Por qué me has hecho venir a Venecia? —pregunta.

—También es la segunda vez que me lo preguntas.

—Antes no me contestaste.

Él la mira, observándola atentamente. Es evidente que por su mente cruzan varias posibles respuestas. Pero acaba eligiendo la más presuntuosa y sorprendente:

—Podía tener ganas de hacer el amor contigo.

Ella queda atónita; en realidad, hasta pasados algunos segundos no piensa que pueda tratarse de una provocación, y que, en consecuencia, ahora más que nunca, necesita defenderse; pero durante esos segundos de indefensión permanece tan tímidamente desamparada que cualquier persona podría comprender que una frase de ese tipo provoca en ella renuncias o, cuando menos, peligrosas vacilaciones. Después, cuando decide que lo que debe hacer es defenderse, ya es demasiado tarde porque él ha aprovechado su momento de debilidad para levantar una mano y acariciarle el pelo, retirándoselo hacia las sienes, dándole otro aire, y, naturalmente, ella sabe lo

que significa.

—Entonces los llevabas así —dice él—. No te tapaban las orejas. Me refiero a cuando te conocí.

Ahora el propósito de seducción incluso, se ha hecho demasiado descarado, aunque no por ello resulta mas convincente. En el rostro de él hay algo que contrasta con sus palabras y gestos. Y mirándole con fijeza a los ojos, como hace ella con decisión, hasta descubrir un secreto cansancio, la cosa resulta todavía mas evidente.

—Tú no tienes ganas de hacer el amor conmigo dice.

—¿Como lo sabes?

—Lo leo en el fondo de tus ojos.

Él aparta la mano de su cabello, un poco demasiado precipitadamente, y además se queda demasiado rígido. La posibilidad de que ella realmente pueda leer algo en sus ojos le produce una especie de pavor. Sin embargo no tarda en dominarse.

—Siempre has pretendido leer en mi interior, pero nunca has sido capaz de descubrir nada.

Tal vez esa frase contenga una invitación a la discusión, ya que contiene una vaga referencia al pasado, pero ella, en estos momentos, no quiere ni polémicas ni pasados. Ha de enfrentarse al presente, por arriesgado que esto sea.

—Pero tú no tienes ganas de hacer el amor —insiste.

Él reacciona con irritación, y no puede ser únicamente a causa de que ella le haya descubierto cierta debilidad, o, mejor dicho, impotencia. Nunca ha tenido ese tipo de problemas, y tal vez su abatimiento se debe a otras causas.

—Sí tengo —afirma con resolución—. Tengo muchas ganas. Vamos.

Ella le mira, dispuesta a descubrir qué es lo que pretende con su provocación, y, sin embargo, se siente inclinada a creerle, a ceder, aunque también se halle descontenta de su propia tentación de ir a hacer el amor con él.

—No —responde.

—¿No sientes curiosidad por ver dónde vivo?

—¿Ya no vives en San Torvaso?

La conversación ha comenzado a tener visos de distensión, y seguramente los dos están contentos de haber renunciado a algo que era un simple desafío.

—Si, pero lo he cambiado todo He hecho un gran estudio, un enorme salón. Ahora está todo muy desordenado porque estamos grabando un concierto. Así, un poco por cuenta propia. ¿Quieres ir?

La invitación es sincera, y ella podría aceptar e ir al estudio que está totalmente cambiado, y no precisamente para hacer el amor, cosa de la que ninguno de los dos parecen estar muy necesitados.

—¿Todavía te peleas con los vecinos de abajo?

—¿Los de abajo?

—Si, hombre, el abogado. ¿Como se llamaba? Quería denunciarte por culpa del oboe.

—Ah, el abogado Sandri. Murió hará unos cuatro años. Y la viuda tiene hospedada a una pareja de norteamericanos que arman más jaleo que yo. El pinta. Y ella, no sé... Creo que es bailarín.

—¿Bailarín? ¿Ella...?

—Sí, es como si dijéramos el novio. Son dos maricas...

Se echan a reír, sin malicia, aunque él, evidentemente no ha olvidado su correcta y consistente virilidad, de la que tan orgulloso estaba, y de la cual, por otra parte, ya no debe estar tan seguro, pues parece dar pie a sospechar que ya no le importa demasiado, aunque todavía sea joven y se muestre tozudamente agresivo.

—¿Y tú? ¿Vives solo? —pregunta ella.

—¿Quieres decir que también debería buscarme algún muchachito?

—Podrías tener una muchachita.

Vuelven a reír; sí, así es mejor, con una conversación intrascendente, sencilla, sin tensiones. En el fondo se trata de una relación nueva, tranquilizadora, siquiera sea provisional.

Pero no deja de ser provisional, y no pueden encarrilarse por un camino tan pacífico, y en el fondo tan insignificante, teniendo en cuenta los problemas que se agitan en la mente de cada uno de ellos. No hay nadie que haga venir a la mujer abandonada hace ocho años, desde Milán a Venecia sólo por eso.

—No he nacido para vivir aparejado —explica él—. Deberías saberlo mejor que nadie.

—Vaya, claro que lo sé. Con los cuernos que me ponías...

—No tantos como crees.

—Quizá no tantos, pero muchos.

De todos modos ahora, para ellos, tampoco se trata de eso. No tiene objeto enzarzarse en una discusión a causa de los cuernos que le pusiera hace diez o más años. Y, sin embargo, ese hurgar en el pasado tiene cierto sentido, al menos hasta que no se descubra el verdadero motivo de este encuentro. Y él no está dispuesto a revelarlo, al menos no por el momento; no está dispuesto a poner las cartas boca arriba.

—Tal vez lo echamos a perder todo, —dice en tono bastante melodramático—. O tal vez sea la institución matrimonial la que está equivocada. Yo, en el referéndum contra el divorcio voté en contra. Y ¿sabes por qué? Porque no acepto compromisos. Lo que hay que autorizar no es el divorcio. ¡Lo que deberían hacer es prohibir el matrimonio!

Calla, frustrado por la conciencia de su propio histrionismo, y, además, no es cierto que votase en contra. Pero le parece fuera de lugar explicar por qué votó a favor, explicar el elevado concepto de una libertad más para quienes pertenecen a determinado grupo social, incluso porque ahora, y muy a su pesar, se le ocurre que la idea de luchar por una infinidad de gente que no siente la menor necesidad de ser libre es absolutamente ridículo. La verdad es que no atraviesan un momento de gran

simpatía hacia el prójimo, ni de demasiada disposición para la convivencia civil.

—¿A ti que te parece? —pregunta.

A ella, por lo visto, no le parece ni bien ni mal, y él insiste enojado:

—No te quedés parada, escuchando, sin decir nada. Alguna idea tendrás supongo...

Pero ella continúa sin tener ideas claras sobre el particular; la institución familiar no la preocupa excesivamente; el problema en el que se ha ido hundiendo prescinde ya de los principios básicos; sólo desea resolverlo en el terreno práctico, aunque sea mediante pactos razonables, y precisamente por eso ha venido hoy a Venecia, aunque él todavía no haya explicado por qué la ha llamado.

—Pues hay muchos matrimonios que funcionan bien —dice finalmente, sin dirigirse a nadie, más por la simple necesidad de decir algo, aunque esperando que la conversación se extinga por sí sola.

Pero, por lo visto, él necesita discutir.

—Lo que es el nuestro —dice—, no fue muy bien. Y si prefieres pensar que la culpa fue mía, puedes pensarlo, a mí lo mismo me da.

Así ha logrado encontrar, finalmente, el modo de provocarla. Y ella, efectivamente, se vuelve agresiva:

—¿Qué? ¿Acaso quieres dar a entender que fue culpa mía? Mientras vivimos juntos, yo jamás te engañé.

—Oh —exclama él, como si hubiese alcanzado el triunfo que buscaba, y volviendo al tono absolutamente melodramático—. Siempre razonas así: tú me has engañado y yo no. Como si el ponerle al otro cuernos fuese el único modo de hacerse daño. Hay más de mil modos de hacerse daño, y tú los pusiste todos en acción.

Así es mejor; la discusión empieza a tener visos de veracidad, y ella coopera a que así sea inmediatamente.

—¿Y tú no? —le ataca—. ¿Tú no?

—Sí, yo también.

—Y, además, me engañabas.

—Cielo santo, ya vuelves a mostrarte mezquina, egoísta. Todavía parecemos marido y mujer. —Y con una decisión que tal vez sea sincera, añade—: Yo jamás te hubiera podido engañar de verdad, aunque hubiese ido con cien mujeres. Tú siempre eras la mujer. Y las otras sólo servían para confirmar que lo eras.

—Muy cómodo.

—Nuestro amor fue una larga lucha contra el engaño —dice con el tono de voz de quién ha meditado antes de encontrar la forma definitiva de las frases que a continuación pronuncia—: Los dos queríamos poseer al otro, poseerlo totalmente, hasta la destrucción. Si en cierto momento no te hubieses alejado de mí, nos habríamos matado mutuamente.

—Querrás decir si no me hubieses obligado a dejarte —puntualiza ella, tozuda, aunque tiene plena consciencia que en ese instante no le interesa ese tipo de

matizaciones, aunque, en cierto modo, también debe ser capaz de atajar los sentimientos que las palabras de él le suscitan, por artificiosas que sean.

Él se encoje de hombros: es evidente que las matizaciones todavía le importan menos que a ella. Pero inesperadamente, seguro de sorprenderla, le pregunta:

—¿Se lo vas a decir a él?

—¿El qué?

—Que hemos hecho el amor.

Ella reflexiona un instante. Todavía puede concederle que la sorprenda con sus golpes de efecto, pero no puede aceptar que la confunda, porque sería una confusión imprudente, ya que, a pesar de los pesares, tiene ganas de hacer el amor con él.

—Todavía no lo hemos hecho —responde con decisión. Y añade—: Y no he dicho que fuésemos a hacerlo.

Está satisfecha, incluso un tanto orgullosa por haberse mostrado, finalmente, un poco irónica; pero también comprende que se ha equivocado, que está siguiendo su oscuro juego de perversidad, porque él se las ha ingeniado para hablar de hacer el amor, hasta conseguir que le entrasen deseos, mientras él se mantiene indiferente, y posiblemente no tiene ganas de hacerlo.

—Si es así, —dice él, cediendo demasiado rápidamente—, cambiemos de camino. Vayamos a tomar un café al Campo Santo Estefano, ¿que te parece?

**E**l día proseguía igual, pero la marea había comenzado a bajar, arrastrando gran cantidad de desperdicios, la mayor parte de los cuales volverían con la próxima subida de las aguas sin llegar jamás al mar abierto. ¿Hasta cuando sería así? De momento, la ciudad mantenía en el Canal Grande su esplendorosa exhibición de vida, pero la muerte acechaba en cualquier riachuelo lateral, las cenizas obstruían los canales de la laguna muerta, y las ratas se multiplicaban. Y él lo sabía.

Bajaron por el puente de la Academia y, de camino hacia Santo Stefano, pasaron junto al conservatorio Benedetto Marcello. Pero ninguno de los dos deseaba volver al pasado, a la época en que él estudiaba allí, y ella en otro instituto, no muy distante, al otro lado del Canal Grande, y se habían enamorado súbitamente. En la gran explanada de Santo Stefano los venecianos seguían las direcciones de costumbre; hacia San Marco, o el Rialto, o la Academia, apresurándose para el almuerzo. Los dos cafés, situados casi uno frente al otro, tenían numerosas mesas dispuestas al aire libre, en espera de una primavera que, de momento, todavía parece lejana.

—¿Dónde quieres que entremos? —inquirió él—. ¿En éste o en aquél?

—Lo mismo me da —responde ella, y es cierto, igual le da; no quiere ser ella quién haga la elección, y hablar más sólo serviría para poner de manifiesto la inutilidad de ese tipo de conversaciones.

De modo que, sin mediar palabras, toman asiento a una de las mesitas, contemplando ambos con evasiva distracción la riada de gente que va o viene del

Rialto. El camarero se aproxima y le piden dos cafés, y él también un vaso de agua. Sea cual sea el motivo por el cual la ha hecho venir a Venecia, lo cierto es que él da señales de sentir cierto cansancio, mientras que ella se resigna a esperar. En definitiva, si la ha hecho venir por algún motivo concreto, tardará más o menos, pero acabará dándosele a conocer, y su abogado la ha aconsejado suficientemente bien para que no cometa ningún error. Ha sentido resentimiento, y amargura, e incluso una sombra de ganas de hacer el amor, más que por otra cosa por hacerse daño, pero ahora ya todo eso parece superado. El camarero le sirve los cafés y dos vasos de agua. Él saca un frasquito de su bolsillo, toma cuatro o cinco pastillas, y se las traga con un sorbo de agua. Lo hace con absoluta naturalidad, como si fuera perfectamente normal, que todo el mundo, a mediodía, tome cuatro o cinco pastillas, aunque también puede haber sido un medio simple y grosero de atraer la atención de ella. Le conoce su complicada tendencia a la compasión, la voluntad de poder, de posesión, que pone en toda falta de ayuda. Con ella nunca ha sido demasiado fácil.

—¿De que son? —pregunta, refiriéndose a las pastillas.

—Nada, me duele un poco la cabeza.

—Pero si te has tomado cuatro o cinco.

—Hace una temporada que a todas horas tengo algo de dolor de cabeza.

—¿No has ido al médico?

—¡Puaf!, los médicos. No quiero ni olerlos.

Ella no sabe si debería insistir en su interés porque, por otro lado, no acaba de estar convencida de que no está fingiendo. Incluso pueden ser pastillas de bicarbonato, y que se las haya tomado con el único objeto de llamar la atención. Vagamente dice:

—¿Quieres que entremos? Esta humedad no es buena.

Pregunta a la que él responde con idéntica vaguedad:

—Lo mismo da dentro que fuera. Mal por mal, prefiero afuera. No soporto el calor.

Toman el café, distraídos, incluso, tal vez un tanto aburridos. Las tensiones han cedido. Contemplan a los desconocidos transeúntes; ya no sienten el hormigueo de saber el porqué, como dos amigos que chocan con un pasado que pudo haber sido violento, pero que ya ha sido absorbido, difuminado en borrosos contornos.

—¿Que tal va el trabajo? —pregunta ella.

Es una pregunta vulgar, formulada con convencional amabilidad, pero a él no parece agradarle. Podría ocultar insidias, tal vez alguna referencia a su genio fracasado.

—Pues sigo con el oboe —responde—. Es mi oficio. El oboe de la Fenice. Sueldo, seguro, servicio médico y, finalmente, el retiro, si llegas. ¿Que quieres? Tengo que ganarme la vida. No tengo viejas millonarias que me mantengan. —De modo que así, fríamente, da salida a su resentimiento, sin que ella haya hecho nada por provocarle. Ya debía llevarlo dentro, de modo que cabe pensar que puede ser una

clave para entenderle. Pero enseguida cambia de tono, asumiendo su culpabilidad y buscando la compasión—: Me odias, ¿verdad? Confiésalo, se ve a la legua que me odias.

Ella no lo niega, pero responde tímidamente:

—Eres tú quien te haces odiar.

Él se encoge de hombros. Naturalmente, se halla por encima de cualquier sentimiento.

—Odio, amor, todo es un gran burdel —dice. Y cita—: «Tanto el odio como el amor son una gran ilusión». ¿Has leído el Eclesiastés? —Y como ella da a entender que no con un movimiento de cabeza, prosigue—: Yo tampoco lo conocía. Pero, no hace mucho, un día lo vi en una librería. Es un libro delgadito, el más corto de todos los de la Biblia, me parece, en una traducción de Ceronetti. Se ha convertido en mi libro de cabecera. En un millar de versículos está todo, todo lo que sirve para burlarse de todo. Y siempre con el punto justo de emoción. O si lo prefieres, de autocompasión. —Ahora se ha animado, y vuelve a citar, con solemnidad—: «Y nadie puede nada sobre el día de la muerte». —Y cambiando de tono, añade—: Parece obvio, pero intenta reflexionar un poco sobre ello. Es conmovedor, no se puede añadir nada más, y eso es lo que importa, aunque luego adviertas que no es cierto. Los hombres también tienen algún poder sobre el día de la muerte. ¿Quieres que te pida otro café?

Ella deniega con la cabeza y continúa absorta en sus propios pensamientos. Es evidente que no ha prestado mucha atención a sus reflexiones poéticas; es una mujer realista y, en consecuencia, siente una innata desconfianza por la retórica.

—Antes hablabas de que grababas un concierto ¿qué es?

—¿Yo?

—Si, has dicho que tenías el estudio desordenado porque estabais grabando un concierto.

O sea que, de algún modo, está atenta a todo cuanto él dice, aunque sólo haya captado algunos aspectos marginales. Con su habitual despreocupación, él contesta:

—Nada. Son unos chicos que hace poco han terminado la carrera. Han formado una orquesta de cámara. Son estupendos, se lo hacen todo ellos.

—¿Y tú?

—Toco la parte del oboe, cuando la hay. Y les presto el estudio cuando quieren hacer alguna grabación. Lo hemos acondicionado del mejor modo posible. Ahora estamos grabando un concierto para oboe y cuerda. El primer tiempo ya lo tenemos grabado y ha quedado bastante bien. Estamos trabajando en el segundo.

—Os saldrá bien, estoy segura —dice ella, complaciente, pero también con sinceridad, olvidándose de todos sus miedos.

Pero al parecer, él no acepta que los olvide.

—Tú siempre estás segura de alguna cosa —observa, irónico—. Pero mi suerte no me la has acertado nunca, ni por casualidad.

—Siempre has malgastado tu talento. Pero tienes mucho, me consta.

Ella insiste en ese tono de misericordia y generosidad, mientras que él se muestra cada vez más irritado. No lo necesita; al menos no de ese modo, y, en cualquier caso, debe desconfiar, ya que, al fin de cuentas, con su misericordia y su generosidad, lo que ella consigue es ser posesiva y destructiva, como si acumulase méritos para eventuales éxitos que evidentemente nunca llegarán, pero que, si llegasen, sería lógico atribuir más a ella que a él.

—¿Talento dices? Te equivocas. La palabra exacta es genio. Soy un genio. ¿Recuerdas cuando soñaba con ser un Toscanini, o un Furtwaengler? Lo admito: circunstancias adversas me han limitado y no soy más que un Von Karajan. —Por supuesto, se está lacerando el alma, pero le espolea la necesidad de lastimarse para lastimarla a ella. Se levanta, adopta la pose del director sobre la tarima, con una mano levantada para obtener inmovilidad y silencio—. Fíjate, estamos en la Fenice... No, pensándolo bien, de la Fenice ya estoy hasta los mismísimos cojones. Estamos en el Albert Hall, en Londres. Una orquesta de ciento veinte profesores, todos bajo mis órdenes. Y, a mis espaldas, la sala repleta de un público maravilloso, con Isabel en primera fila. Me refiero a la reina Isabel II, naturalmente. Pero yo, en lugar de empezar, me vuelvo y, de un modo totalmente insólito, pronuncio una breve alocución. Digo: «Majestad, damas y caballeros, aunque no sea costumbre hacerlo permítanme que dedique esta ejecución a quien siempre me ha acompañado, a quien me ha sostenido con su amor y con su fe en mi genio: ¡a mi esposa! ¡Sin ella no soy nada!». —Ha recitado como un payaso, de cara a ella, quien evidentemente, se avergüenza de hallarse en tal compañía, e intenta no observar que algunos transeúntes se han detenido a observar que hace ese loco, que ahora se vuelve hacia la inexistente orquesta y empieza a tararear—. «Tará, tarí, tarí», —la *Quinta*, el destino llamando a la puerta, el amo absurdo que viene a recontar el dinero que ha dejado enterrado. Afortunadamente no tarda en desistir. Y vuelve a sentarse mientras exclama teatralmente—: ¡Soy un majadero, un majadero rematado!

Ella permanece silenciosa un rato, a solas con su pena, con su vergüenza, con su inquietud que acaba convirtiéndose en remordimiento.

—A veces pienso cosas realmente espantosas —dice por fin.

—¿Qué cosas?

—Que sólo te he hecho daño. Que de no haber sido por mí hubieras llegado a ser un gran director.

Él reflexiona durante unos segundos, y está a punto de asentir. La grandeza siempre es una tentación, por lo menos la grandeza latente e irrealizada, todo lo que se podría haber hecho con el talento que se ha desperdiciado. En el instante de hacer el inventario siempre hay manera de dar con alguien a quien cargar las culpas, alguien con quien compartir las responsabilidades de la frustración. Sin embargo no puede aceptarlo.

—¡Pamplinas! —exclama—. No olvides que Sócrates, a pesar de su mujer, llegó

a ser Sócrates. Además, ¿cuantos años hace que vivimos separados? No he avanzado ni un solo paso. No, no hay madera. Sobre todo no ha habido fuerza de voluntad. Y no hay grandeza sin trabajo. Por otra parte, quizá sea mejor así.

—¿Por qué?

Él manifiesta una ligera vacilación, parece estar a punto de revelar una verdad o un secreto, pero no lo hace.

—Por lo que yo me sé —responde—. Pero este concierto que estoy grabando tiene que quedar bien. Cueste lo que cueste.

Ha insistido enérgicamente, y ella le echa una rápida mirada con confianza y ternura; le gusta hablar de alguna cosa que sea posible, abandonar aquel rencoroso insistir en lo que hubiese podido ser, exasperante y amargo para ambos. Y, aunque no se trata precisamente de un encuentro rebosante de esperanzas y proyectos comunes, siempre resulta consolador que, de momento, se elimine el miedo, el odio, que desaparezca la animosidad de herirse o herir. Y no acaba de advertir cuán fácil es, en ese estado de ánimo, recaer en un amor que, en un sentido quizá muy desesperado, quizá jamás haya dejado de existir. Y, de hecho, ahora él la está mirando a los ojos, y le dice:

—Me quitas un montón de años de encima —y luego, impulsivamente, se incorpora y la toma de la mano, obligándola a levantarse. Ella, por su parte, no opone la menor resistencia. Y se limita a preguntar mientras él tira de ella, corriendo:

—¿A dónde vamos?

—Muy cerca, ya lo verás.

Cogidos de la mano, casi corriendo, él la lleva al Campo Sant'Angelo, que atraviesan en diagonal, hacia una calleja próxima, que recorrerán hasta salir a la calle de los Asesinos y, una vez allí, girando bruscamente a la izquierda, antes del puente, llegan a la Fondamenta de la Verona. Ahora ella ya sabía que la llevaba hacia allí, a reemprender el viaje a través de lo que fue, no en busca del tiempo perdido, porque de golpe y porrazo tiene la impresión de que no ha perdido nada, de que en ninguno de los dos se ha producido una desviación que les lleve hacia algo distinto. La Fondamenta es corta y estrecha, y acaba casi cortada por el portal de un palacio. Las otras casas, evidentemente, son más modestas, y otro tanto sus puertas.

Él se detiene ante el tercer portal.

—Aquí es.

—Si.

—En el primer piso. Un solo tramo de escaleras. Pero cuando llegaba, siempre estaba jadeando.

—Se te salía el corazón por la boca —comenta ella, pero comprende la facilidad de un retorno en el que ha ido demasiado lejos, pues está exento de riesgos, sobre todo porque él todavía no ha dicho para que la ha hecho venir—. No acabo de

comprender a qué juego quieres jugar —añade.

Él la contempla, sorprendido, desconcertado incluso.

—¿Juego? ¿Por qué juego? ¿No me crees capaz de tener sentimientos? Pues a veces también los tengo —dice, mientras alarga la mano hasta el timbre de la puerta.

Parece como si ella quisiera detenerle, pero no está totalmente decidida.

—No llames. Me da vergüenza.

Él llama.

¿Te da vergüenza? No seas estúpida. Entre otras cosas, somos marido y mujer. Al menos delante de Dios. ¿No nos casamos por la Iglesia?

—Quizá todavía esté la misma portera que entonces.

—¿Aquella? Si por entonces ya debía andar por los noventa; ya debe hacer tiempo que cría gusanos. Era simpática la viejecita. Cuando tú estabas a punto de llegar se iba a rezar a la iglesia para que nos fuesen perdonados los pecados que cometíamos. ¿Y si todavía viviese?

Pero no vive. La mujer que se asoma a la ventana del primer piso es absolutamente vulgar.

—¿Quién es? ¿Qué quieren?

El responde casi alegremente.

—Perdone. Desearíamos entrar un momento. De joven viví en esta casa, hace más de veinte años. Tenía alquilada una habitación.

Pero la mujer es tremendamente obtusa.

—Mi marido está fuera. Yo no sé nada.

—Si no tiene que saber nada, señora. Solo quería ver la habitación que ocupé de joven, si no le molesta.

—Le digo que no sé nada —repite la mujer—. Vuelvan cuando esté mi marido. —Y desaparece, volviendo a cerrar la ventana.

Permanecen un instante desilusionados, desconcertados, como niños anonadados por una inesperada bellaquería. Se miran y, de pronto se echan a reír ante lo absurdo de la situación, ante pequeñas cosas como ésta, pues más vale reírse de ellas que tener que padecerlas. Y la risa les une, y cuando dejan de reír quedan mirándose, ya sin necesidad de herirse ni de defenderse.

—Eras así, igualita que ahora —dice él, maravillado—. Tal vez un poquito más delgada. Figúrate, todavía más delgada que ahora.

—Siempre tenía hambre —recuerda ella, tan maravillada como él—. No hacía más que comer espaguetis.

—Y siempre tenías unas ganas locas de hacer el amor. Nunca he visto una chavala que tuviese tantas ganas de hacer el amor.

—Tú también tenías ganas siempre.

—Nuestro matrimonio fracasó, pero lo que es cierto es que nunca ha habido nadie en el mundo que hiciese el amor como nosotros. ¡Nadie!

—Tal vez fuese por eso por lo que fracasó. Las cosas demasiado perfectas no son

de este mundo.

—Tienes razón, no lo son —confirma él con una especie de profunda añoranza, una añoranza que no llega a romper el hechizo que les envuelve. Esta vez el recurso al pasado no ha sido de resentimiento o de dolor, sino un regreso al amor de entonces, por precario y peligroso que ese regreso pueda ser. Él le acaricia el cabello, se lo coloca tras las orejas, y también le acaricia el rostro, dulcemente, sin prisas, como si le quedase mucho tiempo por delante, y cuando, finalmente, se acerca a besarla, ella se le ofrece con los ojos y la boca, en una entrega total, no exactamente para hacer el amor, sino más bien como si fuese un deseo de diluirse, de dejarse llevar por ese beso que la impregna de infinita dulzura, que la aleja del presente, de aquel lugar y de los problemas, con toda su sensibilidad acumulada en los labios, en un olvido absoluto, sin pensamientos, hasta que una góndola pasa por el canal y alguien silba y ríe.

—Déjame, por favor, no; aquí, en la calle, no.

Pero él no quiere soltarla. Y el gondolero, un joven sonriente e impertinente, grita:

—¡Si sale niño llámadle Bartolo!

Ahora es ella quien se aleja, con energía, y con rabia.

—Te he dicho que me dejes. No quiero. No quiero.

—Vente conmigo morena. ¡Te lo pasarás mejor! —vuelve a gritar el joven de la góndola antes de desaparecer bajo el puente.

Él, naturalmente, la ha soltado con una especie de inesperada timidez, su beso infinito cercenado por la amargura, por la reflexión de que, a ella, su nueva condición, llamémosla social, le impone prudencia, al menos en los lugares públicos. No se pueden perder ciertas ventajas por el simple gusto de dejarse besar en plazas y fundamentas. La gente de dinero, por regla general, acostumbra a ser vengativa y despiadada.

—La semana pasado estuve en Milán —confiesa él finalmente—. Vi a tu amigo.

—¿Como? —dice ella, dispuesta a defenderse.

—No te asustes. Le vi de lejos, cuando salía de la fábrica. —Y luego añade, malicioso—. ¿Como te las arreglas para hacer el amor con él?

Ella se rebela.

—¿A ti que te importa? Soy yo quien lo hace, no tú.

—De acuerdo, no tengo por qué meter las narices en tus asuntos personales. Pero me gustaría saber una cosa: ¿solo haces el amor con él? ¿O lo haces, además, con algún otro?

Ella hace un gesto de ira.

—¿Y a ti que te importa? ¿Quieres dejarme en paz? —Pero su rabia no tiene raíces profundas, y quizá tampoco tenga muchas ganas de que la deje en paz. De modo que finalmente añade, desafiante—: Cuando me viene en gana, también lo hago con otros.

Y él, probablemente sin querer, levanta la mano y le da una fuerte bofetada.

Después permanece inmóvil, escrutándola, como sorprendido por lo que acaba de hacer; ella también lo mira a él, con sorpresa, sin hacer ni decir nada, como si renunciase a comprenderle. Es él quien primero reacciona, sacando un pañuelo que le entrega:

—Límpiate. Tienes un poco de sangre en el labio.

Ella toma el pañuelo y se limpia, contemplando la manchita roja que aparece en la tela y vuelve a mirarle a él sin rabia ni rencor, simplemente interrogante. Parece haber aceptado el bofetón, pero querría saber por que lo ha dado, si es que existe un porqué.

—Perdona —dice él—. Esta vez también me he equivocado. Siempre me he equivocado contigo.

Además de humilde se muestra resignado. Si ella se fuese ahora, no haría nada por detenerla. O, al menos, eso es lo que él piensa. Pero ella parece haber renunciado incluso a saber el porqué de las cosas, e incluso carga con parte de la responsabilidad.

—Siempre hemos querido equivocarnos —dice—. Nuestras relaciones eran unas relaciones sado-masoquistas, ¿no? Lo sabes mejor que yo.

Pero él no se aleja del presente, del error que acaba de cometer y que, según parece, todavía no se ha perdonado.

—Esta vez no quería equivocarme. Te lo juro. —Y luego añade—: Hay un rápido a las 14,36, si quieres todavía estas a tiempo de cogerlo.

Ella deniega con un movimiento de cabeza.

—Ahora soy yo quien quiere hablarte. —Lo dice secamente, con decisión, echando a andar.

Pero después no le pregunta nada; caminan uno al lado del otro, sin prisas, regresando hacia el Campo Sant'Angelo y el Campo San Stefano, y hacia el puente de la Academia. Pero no llegan tan lejos. Ella se detiene, apartándose del gentío que va y viene.

—¿De modo que fuiste a Milán? —inquire.

—Ya te lo he dicho, la semana pasada.

—¿Y querías ver a Attilio?

—¿Quien es Attilio?

—Mi amigo, como tú dices.

—O tu marido —empieza él con decisión—. Hace cinco años que vivís juntos. Y tenéis una niña, ¿no?

—Si. Y nos hubiésemos casado si tú no hubieses puesto dificultades para la anulación.

—Yo no he puesto dificultades.

—Pues debía ser indiferencia, que todavía es peor.

—No, no, no —responde él con energía, quizá incluso con un deje de sufrimiento, si nos es lícito penetrar tras su corteza de histrionismo—. No sabría explicártelo. Cuando nos separamos quería perderte de vista. Pero jamás me he resignado a perderte del todo. Como de costumbre estoy lleno de contradicciones y, mientras, me

aferro a la inercia. Espera... Entre los siete pecados capitales hay uno, la pereza, que, de pequeño, nunca logré imaginar que podía representar. Eso es, creo que todo fue por pereza, lentitud en llevar a cabo el bien. Tal vez hubiera debido ir a un psicoanalista.

Pero ella no se deja enredar: siempre ha sido más positiva que él, y también más honrada, naturalmente. No habla por hablar, ni oculta sus pensamientos.

—¿Qué querías de Attilio?

Él está amargado. Es demasiado evidente que le ha perdonado la bofetada, pero que no lo ha hecho por generosidad, por caridad, ni porque exista algún vestigio de amor, sino simplemente por una urgente necesidad de descubrir algo tan vago e incierto como el motivo que le indujo a ir a Milán.

—Piensas que quería dinero, ¿no? —dice, más con tono de resignación que de ira—. Y crees que te he hecho venir a Venecia para pedirte dinero. Tal vez a cambio de mi colaboración en los trámites de la anulación. Para vosotros la anulación siempre es preferible al divorcio. Y eso sin tener en cuenta que actualmente los curas la conceden como churros.

—No me sorprendería nada que me pidieses dinero.

El busca, dolorosamente, un modo de responder que no empeore una situación ya tan maleada, pero que, al mismo tiempo, no hiera más allá de lo soportable esa dignidad, ese, llamémosle, decoro espiritual al que, ahora, en cierta manera parece querer aferrarse.

—¡Cuidado con lo que dices! —exclama amargamente—. ¡De momento, el dinero se puede ir a la mierda! Hace dos años estuve a punto de ir a la cárcel por un cheque sin fondos. Por trescientas mil cochinas liras. Y no te pedí nada. Hoy no necesito nada; figúrate, no sabría qué hacer con el dinero. Supongo que debe parecerte inconcebible en alguien que nunca ha sabido ahorrar ni un céntimo. Cuantas peleas tuvimos también por eso, por el dinero, las deudas, las letras. Llegaste a odiarme.

Ahora ella da la impresión de mantenerse al margen de este retorno al pasado.

—Pues, ¿qué fuiste a hacer a Milán? —pregunta, impaciente ante su modo de salirse por la tangente—. ¿Tanto te interesaba ver a Attilio?

—Attilio —dice él, encogiéndose de hombros en señal de desprecio—. Una vez allí sentí curiosidad por verle; sólo curiosidad, puedes creerlo. En realidad, la finalidad del viaje era veros a vosotros, a ti y a Giorgio.

A ella siempre la alarma oír pronunciar el nombre de Giorgio. Debe de ser una de esas madres posesivas como animales salvajes. Por otra parte, con él también se había mostrado irracionalmente posesiva, hasta el extremo de llagar a preferir, en cualquier caso la destrucción.

—¿Giorgio? —repite.

—Por lo menos esperé tres horas en los alrededores de tu casa —explica—. Saliste del portal hacia las siete y subiste al taxi que te esperaba en la otra acera. Ibas

muy elegante, debías ir a algún cóctel. Hoy te has vestido de pobre. Hasta el collar de perlas debe ser falso. ¿A que temías que te diera un sablazo? Te disfrazas de pobre, y así es más fácil decir que no si te piden dinero. No llevas ni un solo anillo, ni la alianza. ¿Donde la has metido?

—¿Y Giorgio? —pregunta ella con machacona insistencia.

Repentinamente él pierde su aparente agresividad.

—¿Giorgio? No sabría decirte si lo vi o no. Entre la una y las dos entraron en el palacio en que vives tres chiquillos de unos once años que volvían de la escuela. Los tres acompañados por el chófer; detalle que parece inevitable. Había uno alto y delgado, con el pelo largo, un jersey azul de cuello alto y un impermeable claro, de esos con doble hilera de botones, un poco sofisticado para un niño. Podía ser Giorgio. Yo esperaba sentir la voz de la sangre, que es lo que se supone que uno siente. Pero no funcionó. Tal vez solo funciona con los padres decentes.

Ella permanece absorta en sus preocupaciones sin dejarse llevar por sus lastimeras explicaciones.

—De modo que fuiste por Giorgio —reflexiona. Y luego añade con voz decidida—: Antes de venir he hablado con mi abogado.

—Ya me lo has dicho —comenta él—. Lo que yo no te he dicho, sin embargo, es que yo también hablé con el mío antes de telefonearte.

—Supongo que te explicaría que no puedes hacer nada que me perjudique.

—¿En que sentido?

—Si me denunciases por adulterio, por ejemplo, actualmente no habría ningún juez que me condenase.

—Sí, seguramente te absolverían. Pero al mismo tiempo testificaría el hecho.

—¿Que hecho? —pregunta ella, que logra ocultar con bastante éxito su temor.

Pero él sabe detectar ese temor, sabe que ha vuelto a alcanzar ventaja y no piensa perderla, aunque tal vez no sepa a ciencia cierta qué es lo que está persiguiendo.

—Que hace cinco años que vives en concubinato con un individuo —responde tranquilamente—. Es decir: en condiciones que dañan el buen desarrollo moral y psíquico de un hijo que ya tiene once años y que empieza a preguntarse...

Ella no logra dominar su indignación.

¿Y tú? —pregunta con violencia, interrumpiéndole—. ¡Tú, que has estado con las putas de media Venecia, crees que reúnes mejores condiciones para educar a un chico en los buenos principios morales!

Él la contempla, se diría que con admiración, pero es difícil distinguir si admira más su violencia o su belleza. Quizá admire ambas cosas: está resplandeciente, tan rebosante de desprecio, con los ojos encendidos y la expresión altiva. Pero no quiere perder su margen de superioridad, desea interpretar el papel de hombre tranquilo, juicioso.

—Piensa —observa—, piensa que para un magistrado todo eso sería secundario. Afortunadamente, los tribunales todavía no están contaminados por ciertas modas

feministas. Un juez ecuánime, no contaminado por la propaganda izquierdista, me daría el niño. ¿No crees?

Ella se está mordiendo el labio, dudosa, luchando contra su angustiosa inquietud.

—Además —añade él ambiguamente, sin que se vea fácil adivinar a dónde quiere ir a parar—, ya no voy de putas. Ni siquiera voy con señoras burguesas como tú. Ahora hago una vida muy casta. Sería un padre perfecto. —La mira; ella tiene la cabeza baja, se siente angustiada. Pero todavía desea derrotarla más—: A fin de cuentas, tú ya tienes otra hija, la de aquél. El juez lo tendría en cuenta.

Ella no oculta su turbación, tal vez ya no le queda ningún recurso al que aferrarse.

—Ya me imaginaba que me habías hecho venir para hablar de Giorgio —dice dolida—. Mi abogado me lo había advertido.

—Lo siento, —replica él humildemente, consultando el reloj, y da la impresión que su malestar se debe a la hora que señalan las saetas. En realidad dice—: El rápido de las 14,36 ya no lo coges. El próximo tren sale a las 17,37. ¿Quieres que vayamos a almorzar?

Y se aleja, muy lentamente, a decir verdad, para darle tiempo a decidirse. Ella, sin embargo, permanece inmóvil, sumida en sus pensamientos.

—¿De verdad no quieres venir? —dice él.

Ella le sigue, rezagada. No le importa adónde puedan ir; intenta dominar las ideas que se suceden en su mente, esforzándose por no odiarlo. No quiere odiarlo porque sería peor. Pero tampoco quiere perder a Giorgio. Podría escapar a Suiza, a América, a Australia. Attilio no le negaría nada, es evidente, y aún menos el dinero necesario para que él desista de sus propósitos; aunque también es posible que, de momento, el dinero no le importe un comino, y la ambigüedad de su comportamiento parece confirmar la sospecha de que Giorgio tampoco le importa demasiado, y que este modo de atemorizarla con el niño es una forma despiadada de jugar con su sufrimiento, más con su propio sufrimiento que con el de ella. Porque está convencida de que, en el fondo, él está ocultando su sufrimiento, y le ama, y no puede dejar de amarle, como no puede dejar de odiarle y, en ese sentido, se puede decir que en su tempestuosa relación no ha cambiado nada, absolutamente nada. Se encuentran enzarzados en otra de las interminables disputas gracias a las cuales llegaron a amarse insoportablemente, a poseerse con rabia y destructividad, pero a fondo. Y ahora mismo volvería a hacer el amor con él, aunque él no esté pensando en hacer el amor, puesto que ha echado a andar por la calle que conduce a San Marcos, mientras dice:

—Háblame de Giorgio.

Ella deniega con la cabeza, ahora más segura aún de que no es de Giorgio de quién él desea hablarle. Pero él insiste:

—Dime: ¿le gusta la música?

Fatigada, cansada, ella niega:

—Desafina.

Es un detalle que él recibe con bastante desparpajo.

—Ah —exclama. Y luego pregunta—: ¿Y de mí?

—¿De ti, qué?

—¿Habla de mí?

—¿Qué quieres que diga?

—Antes has dicho que sabe que el otro no es su padre.

Ahora ella vuelve a sentirse atenazada por la desconfianza; tal vez si está interesado por Giorgio. No ha hecho más que preguntar por él.

—Hasta hace poco —explica, después de haber reflexionado—, cuando recitaba las oraciones por la noche, al acabar decía: «protege también a mi padre de verdad y hazle feliz».

—¿Y ahora ya no lo dice?

—Ahora ya no reza. Los niños suelen tener una temporada de fervor religioso, pero luego se les pasa. Yo opino que es mejor dejarles libres, no forzarlos en un sentido ni en otro.

Es cierto, tiene razón; como madre, es de una sensatez reconfortante. De todos modos, lo que ahora cuenta no es eso. Y pregunta:

—¿Pero no habla nunca de mí? ¿Nunca te pregunta nada de mí?

Ella se mantiene dolorosamente pensativa, ha de responder con prudencia y, en la situación en que se halla, no le conviene aludir para nada a la circunstancia de que Giorgio pueda sentirse molesto por la condición irregular en que se encuentra, llamando papá a quién no lo es. Por todo lo cual, más vale no hablarle de su padre verdadero y procurar que lo olvide.

—Me parece que no se acuerda demasiado —dice—. Cuando nos separamos tenía poco más de tres años.

Él asiente, aunque no le parece justo. De todos modos está pensando en otras cosas, y empieza a decir:

—Cuando Giorgio era pequeño y aún no había cumplido el año, me sentía obsesionado por el miedo a morir. Temía faltarle. No porque pensase que no ibas a ser capaz de salir adelante; siempre he confiado en ti. Era un problema distinto. Siempre pensaba: «Si muriese ahora, que es tan chiquitín, mi hijo no me recordaría, no tendría memoria de su padre». Ve a saber si no le costará mucho llegar a encontrar su identidad, en el supuesto que necesite encontrarla. Que ideas tan peregrinas; no se habrían ocurrido ni al mismísimo Freud. Aunque, en realidad, todo eso también podría ser interpretado al revés: quizá lo que me preocupaba no era la identidad de mi hijo, sino mi continuidad en él. Siempre la misma neurosis, el miedo al aniquilamiento. Tu amigo, por ejemplo, ¿no tiene miedo a morir? Quizá siendo tan rico, no se preocupa por esas menudencias. El dinero es potencia.

Ese giro inesperado, y volviendo a centrar el diálogo en su amigo, no la irrita, pero le produce inquietud.

—¿Por qué hablas tanto cuando hay tan pocas cosas de que hablar?

Él hace un gesto de rebeldía.

—¡Al contrario: hay muchísimo de que hablar! —afirma con decisión—. Hay una cosa que no te he dicho nunca: Giorgio existe gracias a mí. Fui yo quien lo quiso.

Ella se deja llevar por la polémica, rebatiéndolo vivamente.

—Sí señor, porque yo no era una inconsciente. No podía tener un hijo en aquellas circunstancias. No estábamos casados, tú todavía estudiabas, estábamos con el agua al cuello...

—Me he explicado mal —dice él, interrumpiéndola, extrañamente conciliador—. Lo que quiero decir es que sé el momento exacto en que hice que lo concibieras. En aquella época hacíamos el amor como locos. Nunca me cansaba. Pero no era solamente por sensualidad. Tal vez fuese una forma de impotencia, o, mejor dicho, de inseguridad. Tenía la impresión de que eras una especie de animalillo que podía desaparecer después de haber hecho el amor.

—Por entonces ya no me comprendías.

—Cada vez que te ibas pensaba: «No volverá; ya verás como no vuelve». A veces dudaba incluso de que existieras, que no fueses producto de mi imaginación. Y un día me dije: «¡Hoy le meto un niño en la barriga!». Y lo hice de verdad, en aquel preciso instante. Recuerdo muy bien como fue.

Ella comprende que le está hablando de amor, le habla a su modo, pero eso es lo que le recuerda más sus manías y arranques, y no quiere oír hablar más de ello. Prefiere atacarle con el tema de Giorgio.

—¿Pretendes decir que Giorgio es más tuyo que mio? —pregunta.

Y, a pesar de que él se encoge de hombros para dar a entender que no está pensando en esas tonterías de tuyo o mío, ella insiste con tesón.

—Has dicho que yo era un animalillo. Pues todavía lo soy. Pero ahora toda mi animalidad, todo mi calor, los dedico a mis hijos. A Giorgio y a Silvia, indistintamente. Mataría a quien intentase quitármelos.

Él se echa a reír, parece francamente divertido.

—Siempre serás igual de exagerada —comenta—. ¿De qué tienes miedo? Seguramente tu abogado es más astuto que el mío, porque tú le puedes pagar más. Podrías movilizar toda una legión de abogados, los mejores de Italia. Si te llevase ante los tribunales tendría las de perder. En este país, quién tiene más dinero es quien tiene más razón. En el mejor de los casos lograríais que la causa durase una eternidad.

Se ve que recita una lección, bien aprendida, pero lo hace con sorna, como si se propusiera irritarla, y ella, al advertirlo, efectivamente se irrita.

—No quiero saber nada de tribunales —dice enérgica—. No quiero que mi hijo sea interrogado delante de los tribunales, ni que tenga que hacer frente a problemas que no comprende y que, en cualquier caso, sólo servirían para ofuscarlo. Quiero tener a Giorgio porque tengo más derechos que tú a tenerlo. Yo lo he criado, y al principio no fue nada fácil, te lo garantizo. Me dejaste sin blanca.

—Sabes perfectamente que yo tampoco tenía ni cinco.

Pero ella no se deja distraer, su rencor es sincero.

—Hice de todo. De vendedora, de maestra interina, de costurera, de maniquí... Hasta que conocí a Attilio...

—... y te enamoraste... —la interrumpe él con malicia.

Ella le mira sin pizca de ternura.

—Tu crueldad es idiota. Attilio me quiere y quiere a Giorgio, y Giorgio está bien con nosotros. No digo que no le falte nada, sería necio. Me refiero al afecto, al clima familiar. No quieras destruir también eso. Ya has dañado bastante nuestras vidas.

—¿Nuestras? ¿De quién?

—La de Giorgio y la mía.

Él se detiene y la observa. Es evidente que está muy cansada. Si eso era lo que él quería, puede darse por satisfecho y terminar el juego. Y, efectivamente, él le dice, con tono de generosa persuasión:

—Pero si yo no quiero tener a Giorgio. —Y, viendo que ella se encoge de hombros, quizá porque no da ninguna importancia a sus palabras, o tal vez porque desconfía, insiste—: Te juro que no quiero tenerlo. De todos modos no podría tenerlo. Créeme, confía en mí.

Pero ella vuelve a hacer un gesto irritado, de desconfianza.

—Siempre que he confiado en ti me has engañado.

Ahora es él quien se encuentra totalmente desarmado, quien más necesitado está de sinceridad.

—Esta vez no habrá engaños. Si no me crees, vayamos al notario y te firmo todos los documentos que quieras. Giorgio es tuyo, lo sé perfectamente. La historia que te he contado sobre el momento en que quedaste embarazada la has interpretado mal. Yo no quería al hijo, te quería a ti. Con el embarazo te encadenaba para asegurarme que no desaparecerías, que siempre volverías. Después todo salió mal, pero... —calla, justo antes de pronunciar unas palabras que serían evidentemente demasiado amorosas, y a las que ella no parece excesivamente bien dispuesta.

—Entonces, ¿por qué me has hecho venir a Venecia? —pregunta ella.

Ahora ya no puede responderle con rodeos, aunque, por otra parte, decirle que la ha llamado porque la quiere no es demasiado fácil ni absolutamente cierto, aunque tampoco sea mentira. De modo que acaba volviendo a acariciarle el cabello, colocándose como antes, recogido tras las orejas, y lo hace con tal dulzura, que incluso siente miedo, y se siente confuso, y su voz, cuando por fin habla, revela un deje de ironía que desearía que ella supiese captar:

—No lo sé —dice—. Quizá sólo te haya hecho venir por esto, sólo por esto... —y es evidente que se refiere al modo en que le acaricia el cabello, al modo de mirarla fijamente, y, eventualmente, también a ejercitar su poder de hacerla sufrir.

Y ella, si le entiende, no hace nada por alejarse. Esa porción de ella que nunca ha dejado de quererle, y que desea ser amada, aunque sea con el inevitable sufrimiento, cede sin la menor resistencia. Se echa en sus brazos y llora, abandonándose

completamente.

—Te odio..., te odio..., te odio... —murmura sobre su hombro—. Siempre juegas conmigo, juegas con mi temor... Siempre quieres ser el más fuerte...

—El más fuerte, naturalmente, quiero ser el más fuerte —dice él con un tono triunfal que no podría engañar a nadie excepto a ella, por supuesto, tal vez en parte porque continúa sollozando sobre su hombro y no puede verle la expresión del rostro, que es intensamente melancólica, o peor todavía, triste, o incluso tal vez desesperada. Y no porque a él le falten fuerzas y no logre luchar contra la desesperación, pues, aunque no la venza, siempre puede disimularla. De hecho, él le habla como si se tratase de una niña, con mucha dulzura:

—Vamos, basta de lágrimas. Ya está bien. Vas a estropearte los ojos. ¿No sabes que si lloras se te estropean los ojos? —Deshace el abrazo y le levanta el rostro. Ella no se avergüenza de mostrarle su cara convulsa, con la nariz humedecida y la mirada rendida, deseando no resistir. Él piensa que, con su amigo, no debe abandonarse así muchas veces, pero tiene el buen gusto de no decirlo. Lo que en realidad dice, siempre en el tono de quien habla con una niña que llora, es:

—Vamos, así me gustas más. No llores. Vuelve a decirme que me odias. Anda dilo otra vez: te odio.

—Te odio —repite ella, obediente.

El sonrío. A decir verdad no podrán estar mejor de lo que están ahora.

—Y ahora dime que tienes hambre —añade—. ¿Tienes hambre?

Ella asiente con un gesto, suspirando por la nariz y con los ojos todavía llorosos.

—¿Donde quieres que vayamos a comer? Hoy precisamente tengo un montón de dinero. ¿Quieres que vayamos al Harry's Bar?

Ella, entre sonrisas y lágrimas, gesticula denegando.

—¿Quieres que vayamos a la Taberna?

Ella vuelve a denegar.

—¿A la Colomba, pues? ¿A la Madonna?

Ella continúa negando, cada vez más regocijada y menos llorosa.

—Llévame a Casa Adolfo —dice.

Él sonrío.

—Ya lo había pensado. Pero no me atrevía a sugerirlo. Ahora ya no eres una pobretona.

—Soy la misma de siempre.

Casa Adolfo era una diminuta «trattoria» de precios módicos. Y, a juzgar por la apariencia, los precios debían seguir siendo los mismos: todo continuaba como antes, con los mantelitos de papel. Sin embargo el dueño y los camareros no eran los mismos, aunque tenían el mismo aspecto de haber perdido toda oportunidad de alcanzar la felicidad. De todos modos, también podía ser que las oportunidades de

felicidad se les presentasen a otros, no a ellos.

—Hubiera sido muchísimo mejor si hubiésemos ido al Harry's Bar —dice él al entrar, pero ella le dirige una sonrisa.

Han pedido una botella de vino blanco, seco, frío. Él ya ha llenado los dos vasos y, mientras ella apenas ha dado algún que otro sorbo, él vacía el suyo enseguida y lo vuelve a llenar, vaciándolo de nuevo y, ahora, llena un tercero.

—¿Bebes mucho? —pregunta ella—. Ya te has tomado tres vasos.

Él se esfuerza en sonreír.

—Es la primera vez que te comportas como mi esposa. ¿Estás segura de que estamos separados?

Les sirven dos platos de espaguetis, de aspecto no excesivamente atractivo. Se animan mutuamente con una sonrisa antes de hundir los tenedores. En realidad son peores de lo que se podía temer, y él recurre de nuevo al vaso de vino.

—No me gustaría que bebieses demasiado —observa ella—. Antes casi eras abstemio y, cuando bebías, no había quien te soportara.

—No bebo mucho —responde él—. Me controlo, he de estar en forma para el concierto. Me interesa; quiero que sea lo más importante de mi vida. —Y luego añade, ironizando sobre sí mismo—: Por otro lado no es demasiado difícil, es la primera cosa seria que hago. Los muchachos son formidables.

—Tú también lo eres.

Él desearía encontrar algún argumento para contradecirla, pero no lo encuentra y se limita a hacer un gesto desvaído de despreocupación. Y a ella no le cuesta adivinar que ese concierto realmente debe tener mucha importancia para él y bueno es que así sea, pues ya frisaba en la cuarentena y posee un innegable talento, de modo que es el momento de no malgastarlo. Ambos se han olvidado de los espaguetis.

—Vamos, come —dice él—. Se te enfriarán.

—No tengo más ganas.

—No lo creo. ¿Recuerdas las ganas de comer que tenías a todas horas?

—Ya no tengo veinte años.

—Llegabas a comerte tres platos de pasta, uno tras otro, y no engordabas ni pizca. Piel, hueso y un par de ojazos enormes. ¿Recuerdas cómo te llamaba?

—Me llamabas «hueso», «garabato» y, a veces, «clavo».

—¿Y que decía cuando nos servían la pasta?

—Decías: come.

—Come ¿y qué más?

—Come, que luego iremos a hacer el amor.

—¿Y era bonito hacer el amor conmigo? —y como ella duda antes de responder, le vuelve a preguntar, con impaciencia—: ¿Di, era bonito?

Ésta es su manera de ser. Siempre quiere imponerse, es capaz de insistir hasta la desesperación. Pero, en realidad, hacer el amor con él era hermosísimo, y asiente con la cabeza. Incluso dice:

—Maravilloso.

—Pues, anda, come. No perdamos el tiempo.

Ella logra enrollar con decisión los espaguetis en el tenedor.

—Si crees que luego iré a hacer el amor contigo, te equivocas.

—No, no me equivoco.

—Estás loco.

—Si, loco, cruel, egoísta. Siempre he sido así. De todos modos, si no hubiese sido tal como soy nunca me habrías querido. Tú querías sufrir. ¿Has olvidado como te hacía llorar? Cuanto más llorabas más me amabas. Eso se llama masoquismo.

Sometida, habiendo perdido bruscamente su precaria estabilidad, opta por el silencio.

—Tú también debes comer —le dice.

Intentan hacerlo, pero los espaguetis ya se han enfriado y, además, ninguno de los dos tiene apetito, y ambos están convencidos de que han cometido un grave error volviendo a esa «trattoria».

—Qué cansada es la búsqueda del tiempo perdido —comenta él, y ella no responde, absorta nadie sabe en qué pensamientos. Pero él no puede soportarla tan cerrada y lejana—: ¿Recuerdas los siete volúmenes de Proust? —dice, y ella asiente, de modo que no debe estar tan ausente si recuerda con tanta facilidad. Los siete volúmenes de Proust fueron el regalo de boda de un amigo común y, al separarse, se pelearon porque él los quería y ella también—. Habría sido necesario un Salomón para que dictara sentencia con ecuanimidad —añade.

—No necesitamos ningún Salomón —observa ella rápidamente—. Te los quedaste tú.

Ríen un instante, pero es necesario algo más para dispersar la melancolía que se interpone entre uno y otro recuerdo de este difícil retorno. El hambre de otras épocas ya no les roe, y el local, aunque no ha cambiado demasiado desde aquellos tiempos, resulta cada vez menos acogedor y apropiado para estados de ánimo siempre confusos, perturbadores, agitados y, en definitiva, ambiguos.

**A**fuera, sin embargo, las cosas no parecían ir mucho mejor. La marea había empezado a bajar, arrastrando hacia el mar aquella cadena de desperdicios, el reflujo esparcía olores letales, e incluso la niebla comenzaba a descender desde las alturas a las que se había encaramado durante el mediodía. La algarabía de las radios y el lloriqueo de los niños formaban parte de la continuidad de un peregrinaje cuya utilidad parecía más incierta que nunca. Calles y soportales, muros y muelles, canales con góndolas adormecidas daban la impresión de que podían ser inmovilizadas a voluntad de cualquiera, en el momento que uno desease, propiciando la búsqueda del tiempo perdido, siempre que no se les exigiese otra cosa que su carga de tristeza. En esa atmósfera era muy difícil que el amor, que seguramente sentían revivir en sus

adentros, pudiera salir de la esfera de la humillación para convertirse en deseo. Camina, por tanto, dirigiéndose hacia San Torvaso, pero vagamente, como si no estuviesen totalmente seguros de que llegarán, puesto que allí es donde se levanta la casa en la que vivieron, en la que él continúa viviendo. La humedad ha impregnado el cabello de ella y él parece inútilmente obstinado en encontrar algo que decir. Cualquier cosa, cualquier cosa que no tenga nada que ver con el motivo por el que la ha hecho venir a Venecia.

En lo tocante a dicho motivo se muestra confuso, atormentado; probablemente se está preguntando, y lo único que ahora le importa es el modo de comunicárselo con decencia.

—¿Que te ocurre? —pregunta ella.

Él se detiene, la mira y comenta:

—¡Qué cabellos! Se te han quedado hechos un estropajo.

—¿Estoy fea?

—¿Fea? Diría que sí. Déjame que te mire mejor.

Le toma el rostro entre sus manos, la mira fijamente, sin palabras, pero pidiéndole ayuda; es evidente que le pide ayuda.

—¿Que te ocurre? —repite ella.

Él le aparta el pelo de la frente, con el único gesto amoroso que recuerda.

—Nada —replica.

—¿Que quieres decir? ¿Nada? A mí no me puedes responder así.

—Ah, naturalmente. Me lees el pensamiento. Lo había olvidado.

Hace todo lo posible por defenderse, pero ella se siente anonadada y, sobre todo, no acaba de entenderle.

—Vuelves a darme miedo.

Y él, haciendo un esfuerzo por recuperar una dignidad demasiado comprometida, la interrumpe.

—A las 18,38 tienes el rápido. Llegarás a Milán a las 21,31. Antes de las diez estarás en tu casa, como tú dices. Protegida por la riqueza.

Pero su sarcasmo llega debilitado, demasiado inerte para defenderlo. Es como un ratoncillo acorralado, y podría ser peligroso.

—Vuelvo a tener miedo. Me puedes hacer daño.

—No puedes evitarlo. Continúas enamorada de mí.

Ella baja los ojos, es lo único que puede hacer. Está dispuesta a resistir el mal, pero tiene que ver con claridad la utilidad o necesidad de tal resistencia.

—Habría que ver hasta qué punto lo estoy.

—Nuestra relación no se ha apagado —comenta él—. La interrumpimos nosotros en un momento determinado, con violencia, para no volvernos locos.

Ella reacciona y vuelve a dar con su filón agresivo.

—Fuiste tú quien rompiste, no yo. Y era yo quién se hubiese vuelto loca, no tú.

Ha fruncido el rostro, más por el esfuerzo de no sentirse vencida que por una

verdadera rebelión.

—¡Si supieses cómo me gustas cuando te enrabias!

Y ahora ella se rebela de verdad.

—Pues a mí no me gusta ni pizca —dice con resolución—. Vayámonos de aquí, no puedo soportar este lugar. Llévame a San Marcos, vayamos al Harry's Bar, al Florián, adonde quieras. Pero no aquí.

—¿Tanto miedo le tienes al pasado?

—No es el pasado. Es que no soporto el olor de esta ciudad. Se muere, vuelve a convertirse en barro.

Él sonríe extrañamente, impresionado por la frase que acaba de pronunciar, que parece despertar en él una perversa complacencia. Adopta una pose un tanto solemne, y con tono de voz un tanto enfático recita:

—Precisamente eso es lo que la hace encantadora: se muere.

Ella no oculta su irritación.

—¡Te ha salido muy bien! —exclama con toda la ironía que es capaz de acumular—. Deberías haber sido actor, no músico.

Él, sin embargo, no abandona el tono enfático, ni la pose provocadora y solemne. Debe necesitarlas por alguna dolorosa razón.

—No todo el mundo es capaz de comprenderlo —añade—. Hay cosas que sólo las entienden los más necios. O quienes poseen el sentimiento de la muerte.

—Y tú ¿eres necio o posees el sentimiento de la muerte?

—Tengo el sentimiento de la muerte. ¿Todavía no lo has advertido, tú que puedes leer en mi interior?

Ella lo observa y dice:

—Eres un payaso.

—Repítelo —suplica él, implorante.

Ella comprende que se están acercando a algo indeseable, a una cosa violenta, o todavía peor, tal vez a la razón que ha estado buscando desde que ha llegado, una razón con toda seguridad dañina, pero que se siente obligada a desear. E insiste con ira:

—¡Eres un payaso, un payaso!

Ahora él está encantado contemplándola, míseramente agradecido porque por fin ha encontrado valor suficiente para confesarle:

—Tienes razón. Pero la verdad es que me estoy muriendo. De veras.

Es cierto, y ella, de algún modo, lo ha sabido durante todo el día. Eso era lo que constituía su desmesurado temor. Y, a pesar de todo, no puede aceptarlo con resignación.

—¿Que quieres decir? —pregunta ella—. Todos nos estamos muriendo.

—Pero yo moriré pronto —explica él tímidamente, sin evidenciar demasiado el esfuerzo que le cuesta hacer semejante confesión—. Dentro de cinco o seis meses, más o menos; lo han dicho los médicos. Y ya hace cinco meses que me lo dijeron.

Ahora todo parece encajar a la perfección, todo llevaba hacia esto; el forzado juego de los sentimientos, el miedo, el amor, el odio, la búsqueda contrastada, todo acaba en una explícita petición de participación en una muerte que hubiera podido serle ajena, y que sigue pareciéndole absurda.

—No me estás tomando el pelo ¿verdad? —pregunta confusa—. Si vuelves a...

No es fácil hablar con simplicidad de cosas tan importantes.

—Tengo una enfermedad aquí —explica él, tocándose la cabeza—. No hay salvación.

No es posible que la engañe, es evidente, pero ella todavía debe probar otra defensa.

—No es verdad —dice—. ¡Los médicos nunca dicen a un enfermo que no tiene salvación!

—Pero yo fui más listo que los médicos —responde.

Parece que quiera decir otra cosa, humillado por su propia debilidad, por no decir por su bellaquería, y echa a andar, alejándose con la cabeza baja, mientras ella, a pesar de la punzada de dolor que ha experimentado y de su compasión, no puede evitar pensar por un instante que no sería totalmente injusta si lo dejase marchar. Hace muchos años que cada uno sigue su camino, y no existía ninguna necesidad de que él saliese ahora con esa historia. Sin embargo rechaza enérgicamente esos pensamientos y, además, en el lento alejarse de él hay demasiado de espera, es demasiado evidente la súplica, como para dejar que desaparezca. Le sigue.

—Primero fui al consultorio de Foschini, aquí en Venecia. Es un buen neurólogo, pero no tiene nada de psicólogo. Insistió tantas veces repitiendo que no tenía nada, que me olí que se trataba de algo importante. Entonces fui a Padua, y me hice visitar por el doctor Frossi. Esta vez me hice acompañar por una amiga que se hizo pasar por mi mujer. Y, a ella, Frossi se lo dijo todo. Incluso le dio las radiografías y el encefalograma, porque ella dijo que quería enseñárselo a otro especialista, en Milán. Ahora no sólo sé lo que tengo, sino también lo que me sucederá. —Hace una pausa esperando que ella diga algo, pero ella se siente demasiado turbada para hablar, y él tiene un pronto—: ¡Me doy asco! Hubiera podido reventar sin decirle nada a nadie... Uno no tiene derecho a romper...

Pero ahora es ella quién le interrumpe.

—No es posible que no haya remedio. Tal vez aquí no, pero en Suiza, o en Estados Unidos... Attilio si yo se lo digo... No te preocupes por el dinero —y calla, consciente de estar haciendo una tentativa mezquina para mantenerse al margen de este asunto pavoroso en el cual, para bien o mal, él ha querido involucrarla.

Él advierte esta incómoda posición, pero no puede hacer nada para evitarla, lo necesita todo. Y por esa misma razón decide insistir, para que ella le compadezca:

—No tengo ningún derecho de decirle a la mujer a quién dejé hace ocho años: dame la mano, ayúdame a morir... No es justo, aunque tú y yo sepamos que entre nosotros todavía queda algo. Tú puedes hacer lo que quieras con quien te venga en

ganas, pero dentro de ti, en tu alma, si quieres, siempre estaré yo. —Advierte que lo que dice también está equivocado o es, cuando menos, superfluo, y se apresura a terminar—: Sin embargo, a mí siempre me ha faltado alguna cosa para ser un verdadero hombre. Incluso en esta ocasión.

Aunque eso también es falso, a pesar de que, en cierto sentido, él lo cree sinceramente. Comprende que lo está instrumentalizando todo, en especial los sentimientos.

—¿No vas a decir nada? —exclama con violencia.

Ella le mira fijamente y, por fin, dice:

—Desearía que ya hubieses muerto. —Y sabe que, de este modo, expresa no sólo su amor y compasión, sino también su propia vileza, gracias a lo cual vuelve a sentirse digna.

Él también lo entiende y le acaricia el rostro con un gesto enternecedor, aunque tiene que hacer un esfuerzo para sonreírle.

—Lo sé. Yo también lo desearía. Pero hay que tener paciencia. Vendrá cuando tenga que venir. —Y casi quería hacerle creer que le basta con la compasión y la comprensión que ella le ha brindado—. Va, tomemos el «vaporetto» y vayamos a la estación. Todavía llegas a tiempo de tomar el rápido de las 18,48.

Ella deniega con la cabeza.

—Vayamos a tu casa —dice. Y como él parece dudar, insiste—: Aquí afuera hace frío, y humedad.

—¿Que sentido puede tener?

—Nosotros nunca hemos hecho nada que tuviese sentido —responde ella—. Llévame a casa.

Así, finalmente, puede llevarla a casa. No se sabe hasta qué punto ha representado su papel a fin de conseguir esta piedad que tanto necesita, pero lo cierto es que no ha mediado engaño alguno, su necesidad es real, y su enfermedad también.

Cada palabra, cada gesto, debía alcanzar una tensión, por dolorosa que fuese, no podía continuar dentro de la esfera trivial de la normalidad. Una vez evocada, la muerte alentaba en todo, no era posible exorcizarla, contaminaba todos los significados. Continuamente existía el peligro de equivocarse. Al entrar, él ha puesto en marcha una grabación, y la música del primer tiempo del «Concierto en Re menor» para oboe y cuerda de Alessandro Marcello llega por los altavoces adecuadamente instalados en el amplio estudio, dominando con su movimiento andante y spiccato cualquier posible incertidumbre. El sonido del oboe es puro, cadencioso, seguro. Él es el solista de la grabación y ha encontrado en la inminencia del final su más auténtica nobleza. El estudio está acondicionado para las grabaciones; hay instrumentos por todas partes, atriles y micrófonos repartidos de un extremo al otro. En un rincón, separada por un cristal, se halla la cabina de grabación.

Paneles y sábanas cuelgan acá y acullá con el fin de modelar las ondas sonoras. Un gran y grueso cubrecama cuelga sobre un ventanuco que se abre a un paisaje de techos y campaniles inclinados, medio hundido ya en la niebla y el anochecer. Ella toma asiento en el gran sofá, bajo la ventana, y escucha atentamente la música esforzándose por no perderse las notas del oboe, cosa que hace con obstinada atención. No puede, sin embargo, alejar por completo la idea de enfermedad de él, ni de la de su propia incidencia sobre ese problema que, de golpe y porrazo se ha hecho dolorosamente común. Cuando concluye el primer tiempo se produce un silencio que amenaza con hacerse agobiante.

—Lo haces muy bien —dice.

Él cierra el magnetofón, que ya solo emite un continuo zumbido.

—Esta noche grabamos el adagio. Para mí es la parte más difícil, tengo miedo de perder la medida. Unos acordes de los violines y luego el solo del oboe, tenso, ordenado, como un lamento que te rompe el corazón. El peligro es dejarse llevar, ceder a la autocompasión. —Tararea las primeras notas del oboe, mientras marca el compás con la mano levantada—. Piensa —prosigue— que fue compuesto hace trescientos años, en pleno esplendor de Venecia. Es el canto fúnebre por esta ciudad que se va a la mierda, y yo con ella según parece. —Todavía juega con la violencia y el juego de las palabras a fin de ocultar la más mínima sumisión, pero se comprende que lo hace por ella, que se trata de una débil tentativa exhibicionista. Si estuviese solo seguramente buscaría el modo de no tener que pensar—. A veces por la noche —explica—, cuando no puedo pegar ojo, me siento aquí, junto a la ventana, la abro y escucho. Escucho un buen rato, aunque no haya nada que oír, escucho el silencio. Esta putaza vieja sabe morir con dignidad. Se burla de quienes quieren salvarla, quiere volver al barro, como tú dices. Por otro lado, no es ninguna novedad: Nínive, Babilonia, Menfis... desaparecieron. ¿Por qué iba a sobrevivir Venecia? Cuando llega su momento la muerte también es necesaria. —Y cita—: «Hay una hora para cada cosa bajo el cielo...».

—¿Es tu *Eclesiastés*?

—Sí. «Hay un tiempo para nacer y un tiempo para morir...».

—Me quedo contigo —dice ella—. No vuelvo a Milán. Attilio lo comprenderá.

—Tú cogerás el rápido de las ocho y media —responde él bruscamente. Tira de un cordelito y deja caer el grueso cubrecama sobre el ventanuco. La ciudad queda fuera, el día morirá envuelto en la neblina—. Lo siento, pero no podré acompañarte a la estación, es la hora a la que vienen los muchachos.

Ella se incorpora y se acerca a él para reclamar su atención.

—¿No quieres intentar una operación? —pregunta.

—Ni siquiera lo he pensado. Si estuviese seguro de que me iban a matar, tal vez me dejase hurgar con sus hierros. Pero imagínate que sobreviva ciego o paralítico, o medio loco. ¡Un poco de compasión! Además ya estoy preparado para la muerte. Puedes creerme. No me juzgues por lo que hoy te he dicho. Hoy no me he portado

demasiado bien lo reconozco.

La deja, y ahora es él quien va a tomar asiento en el sofá, apoyando los codos en las rodillas y sosteniendo la cabeza entre las manos. Se toca continuamente la parte en donde tiene el mal, pero lo hace sin darse cuenta, y casi siempre, al advertirlo, deja de hacerlo. La mira y se esfuerza por sonreírle, como si deseara tranquilizarla sobre algo concreto, como si quisiera decirle que no necesita nada, o quizá, que su silencio no le desagrada. Pero, naturalmente, lo único que hace es buscar su compasión.

Ella vuelve a sentarse, pero ahora no lo hace en sofá, sino en el suelo, a sus pies. Le toma una mano, la acerca a sus labios y le besa los dedos. Más vale así, es mejor que buscar palabras difíciles de pronunciar que, posiblemente, no resulten nada convincentes una vez dichas.

—Estos días —dice él—, mientras te esperaba, imaginaba todos los detalles del día que pasaríamos juntos. Íbamos a ver los lugares que más nos gustaban de chicos, lo más alejado del centro de Venecia, hacia la Marítima, donde resulta más fácil besarse porque nunca hay nadie por las calles y cuando se acerca alguien le oyes venir. Hay un canal lleno de góndolas a ambos lados, las dejan ahí durante el invierno. Y casitas humildes, como de campesinos, y plazuelas con colada tendida y chiquillos que juegan a pelota. Pasearemos por allí, me decía, contemplando todas esas cosas charlando. En realidad, nosotros nunca hemos hablado. Siempre hemos estado haciendo el amor o peleándonos. Esta vez me hubiera gustado hablar de otras cosas, aunque hubiesen sido cosas de lo más estúpido, pero evitar a toda costa cualquier discusión. Y tú, luego, habrías comprendido. Habrías comprendido, pero sin sufrir demasiado, y tal vez hasta me lo hubieses agradecido, e incluso me habrías admirado. Pero lo que hemos hecho ha sido discutir como siempre, y luego, cuando me ha parecido llegado el momento, te he dicho: «Cuidadito, nena, ¿no sabes que me estoy muriendo?». Temor, narcisismo, inseguridad y las pequeñas estratagemas de todos los niños que quieren llamar la atención, ganarse la simpatía de los mayores. Yo no he sabido crecer.

—Si no quieres que me quede, ven tú a Milán.

—¿A tu casa? ¡Imagínate una cena! Veladas deliciosas con el muerto sentado a la mesa.

—No me refería a mi casa, no. En una clínica. Pero así siempre estaría cerca de ti.

—No. Tengo la grabación.

—Después de la grabación, entonces.

—No. No podría morir... —calla, buscando la forma más apropiada de decir lo que piensa y prosigue—: No podría esperar la muerte en una ciudad que no fuese Venecia. Y no es porque haya nacido y vivido aquí, ni porque es una ciudad a la que quiero y odio, sino porque pertenezco a ella, como si ella y yo fuésemos una misma cosa. Está enferma como yo. Tiene millones de cánceres que la están devorando, y morimos juntos, y así me resulta menos duro aceptarlo. ¿Has leído *Muerte en Venecia*?

—Quizá sí. Pero hace tantos años, no lo recuerdo...

—Yo también la he leído; hace mucho y no lo recordaba. Pero ahora he vuelto a leer el libro. ¿Imaginas?, con ese título, cuando uno se encuentra en mi situación lo lee todo. Al grano: creo que esta vez he llegado a comprender el libro. Es la historia de un escritor alemán, un profesor, un hombre de lo más íntegro y repleto de nobilísimos pensamientos. Viene aquí, al Lido, a pasar unas vacaciones en el Des Bains, y se enamora locamente de un chiquillo. No lo toa ni con la punta de los dedos, naturalmente, pero lo devora con la mirada, piensa en él obsesivamente. De pronto en Venecia se declara el cólera, y el escritor descubre que la epidemia hace estragos en los barrios pobres, pero que las autoridades se esfuerzan por ocultarlo. Y él, ¡chitón! ¡Con qué fruición presiente que su propia lepra moral se mezclará con la muerte inmunda de todos! Es absolutamente cierto. Cuando uno está hecho polvo, el único consuelo que puede encontrar es saber que los otros también lo están. A mí me atenaza el odio.

—No es cierto.

—Veo gente por la calle, o en el «vaporetto», gente cualquiera, a quien jamás he visto. Y les miro fijamente y pienso: ¿Por qué yo, y no ellos? ¡Yo sí, ellos no! Y les odio. Y a ti también. Te he hecho venir por odio, para lastimarte.

—No es cierto —repite ella sin sentirse abatida.

Él le pone la mano sobre el cabello y dice:

—No es cierto. Pero no vuelvas a decirme que te quedarás o que me llevarás a Milán. ¡Soy débil, tienes que comprenderlo! Psíquicamente. Siempre lo he sido. ¡Imagínate ahora! Tienes que irte con el rápido sin excusas.

—Hay otro tren después del rápido.

—El exprés de las 21,18. Llega a Milán a las 0,12.

—Déjame coger ése.

—De acuerdo, pero tienes que prometerme que sabrás dominarte cuando llegue el momento de la despedida. Si tú no te dominas, yo no conseguiré soportarlo dignamente. ¿Me lo prometes?

—Prometido.

Él se levanta, se dirige al teléfono situado sobre el piano de cola que ocupa un ángulo del estudio, marca un número. Cuando oye el tono se vuelve hacia ella.

—Ven, he marcado tu número en Milán. Diles que llegarás en el tren de las 0,12.

Ella toma el auricular que él le tiende, y enseguida habla.

—¿Giorgio? Soy mamá... Si, desde Venecia —él ha permanecido a su lado. Ella cubre el micrófono y se vuelve hacia él—: ¿Quieres hablarle? —El deniega con un movimiento de cabeza y se dirige apresuradamente a otra estancia, hacia la parte de los servicios. Ella vuelve a centrar la atención en lo que su hijo le está diciéndole desde Milán y, por fin, cuando éste le da un respiro, dice—: Por favor, Giorgio, dile a papá que no llegaré con el rápido... No, no hace falta que le llames, se lo dices tú... Que no llegaré con el rápido, sino con el otro tren, el que llega a las cero y doce... Sí,

doce minutos después de la medianoche. Que no hace falta que vaya a la estación, tomaré un taxi... Dile que todo va bien... Que no se preocupe... Si... Adiós..., adiós... Cuelga tú primero, luego colgaré yo. Adiós.

Cuelga el auricular y permanece pensativa. Giorgio, con su nueva insistencia infantil por querer saberlo todo, con sus preguntas tontas e inútiles sólo para perder el tiempo y continuar hablando con ella, a pesar de saber que se ha ido a Venecia a ver a su padre de verdad, no le ha preguntado nada sobre él. En el fondo es mejor así, sobre todo teniendo en cuenta que el padre de verdad está a punto de morir, y la muerte es un acontecimiento del que los niños deberían permanecer alejados. Y no solo los niños, recapacita, en realidad le ha bastado esa llamada telefónica, ese contacto frágil y rápido con su hijo en Milán, en su casa, para sentir con dureza, y quizá sin excesiva justicia, el impacto de este problema de la muerte, un cáliz que no puede alejar de sus labios porque el hombre que va a morir es el hombre a quién ama. Y tiene que repetirse que le ama, que le ama, que no sólo es compasión lo que siente por él. Ya había tenido deseos de hacer el amor con él antes de que se lo propusiera.

De todos modos no es éste el tipo de cosas en las que debe fijarse su pensamiento. Se alegra de que él haya salido, por discreción, mientras hablaba por teléfono, así al menos no ha oído que Giorgio no ha formulado ninguna pregunta acerca de su verdadero padre. Y también le alegra que tarde en regresar; en su encuentro ha habido demasiada tensión, ya desde por la mañana, y necesita una pausa. Toma los libros que hay sobre el piano, los hojea, lee algún párrafo. Contempla una fotografía de ella misma, en un marquito de plata, que ocupa un lugar preferente. Es una fotografía de hace algunos años, evidentemente, de cuando todavía llevaba el pelo recogido tras las orejas.

Aparece él, va hacia la mesita sobre la que hay botellas de bebidas y se escancia algo en un vaso.

—¿Quieres tomar un whisky? —pregunta—. ¿O prefieres que te haga un café?

—Whisky, por favor.

—¿Con hielo?

—No, como tú.

Él se aproxima y le entrega el vaso. Ella se lo lleva fugazmente a los labios. No tiene ganas de beber, solo desea el vaso en las manos, y pronunciar palabras como «gracias», «por favor», «whisky», «hielo». Palabras tan alejadas de todo sentimiento que hacen más fácil su relación. Es una lástima que no puedan continuar hablando de algo. De todos modos lo intenta y, bromeando, le pregunta:

—¿Tan seguro estabas de que iba a venir?

—¿Por qué lo dices?

—Por la fotografía. La has puesto bien a la vista.

—Tu fotografía siempre ha estado ahí.

—¿Y las mujeres que te visitan, que opinan? —ataja ella, volviendo a bromear.

—La mujer de la limpieza dice que eres muy guapa. Cree que eres actriz, una

actriz de cine.

—No me refería a la mujer de la limpieza, sino a las otras.

—Las otras... —dice él evasivo. Pero añade—: Mira en estos últimos tiempos siempre he preferido las mujeres que cobran. No soporto las complicaciones.

—¿Y que dicen de la foto?

—Nunca ha habido ninguna que se creyese que eras mi mujer. Demasiado bonita dicen. Entonces yo les explico que eras mi mujer, y que te fuiste con un tipo forrado de pasta, y todas responden que ya se ve que tienes facha de puta.

—¿Tengo facha de puta? —pregunta ella provocativamente.

—Sí.

Ahora necesita llevar la provocación, por mucho que le cueste, y por doloroso que sea, un paso más adelante.

—¿Y por dentro también soy puta?

—¿Quién no lo es? —responde él, y se acerca y empieza a deshacerle el peinado con un gesto acariciador que a ella le llega hasta la médula. Y siente la esperanza de que haya algo sincero en ese gesto, o, mejor dicho, que haya un algo de olvido, aunque parezca imposible poder olvidar el espectro de una muerte tan cercana.

Ella, sólo un poco más tensa en su voluntad de ser mujer, pregunta:

—¿Quieres que me desvista?

—Me gustaría mucho.

Empieza a desvestirse con lentitud y sonrío, quizá con un dejo de melancolía; en realidad, quitarse la chaqueta es fácil, y la blusa también, aunque ya necesita algo más de decisión porque no lleva sostenes y sus pequeños pechos asoman enseguida, y se comprende que ya no son los pechos de una muchacha, aunque sean igual de lindos, suaves, incluso podría decirse castos. Ahora toma la cremallera de la falda y, cuando está a punto de abrirla se detiene. Sabe perfectamente que él no se ha movido, que ha permanecido inmóvil, contemplándola, y le gustaría saber en qué está pensando. Le mira y descubre en su rostro la admiración y la devoción, pero no el regocijo, y menos aún cualquier indicio de deseo, y, de pronto comprende que, para él, su cuerpo desnudo sólo es una dolorosa porción del mundo que tendrá que abandonar.

—¿Y tú? —dice.

—¿Yo qué?

—Si tú no te desvestes, yo tampoco puedo desvestirme. No es justo.

Él la mira avergonzado y responde tímidamente:

—Yo te amo.

—No soy una puta —dice ella, y desearía echarse a llorar—. Me gustaría serlo, te lo juro. Pero no puedo. Vuelvo a vestirme. —Toma la blusa y se la vuelve a poner.

Él se le aproxima, incluso le ayuda a abrocharse los botones, siempre obsesionado con su cabello. En el fondo, el cabello podría no tener absolutamente nada sexual, sobre todo un cabello como el suyo, suave y liso, de niña.

—Dios mío, ¿que hemos hecho con nuestra vida? —dice, y es evidente que sus pensamientos no tienen nada que ver con la temporal impotencia, y que se refieren a un abismo, a una separación que solo ahora puede captar en toda su injusticia.

—¿Quieres decir que han existido demasiados errores? —pregunta ella con sumisión.

Evidentemente, él no puede negar que, efectivamente, los errores han existido.

—Pero tú no tienes la culpa —dice—. Yo era más posesivo que tú. Cuando hacíamos el amor tú te entregabas enteramente. No tenías reservas ni temores. Y yo te tomaba toda, y todavía hubiera querido más, y al mismo tiempo, sin embargo, me asustaba.

—¿De qué?

—De tu manera de ser mujer, de tu modo de gozar. En realidad no entendía nada de nada. ¡Qué iba a saber si sólo era un chiquillo! Y continuó siéndolo. Nunca llegaré a ser hombre, no tendré tiempo. —De modo que ha vuelto a hablar abiertamente de su dolencia, y es natural que no haya gran cosa más de que hablar. Habría sido necesario resignarse —añade, alejándose de ella. Y vuelve a sentarse en el sofá, en silencio e interrogando sus propios vértigos—. Debería ser capaz de no pensar nunca ni en el año próximo, ni en el mes próximo. Ni tan siquiera en la próxima semana. Pero a veces lo olvido y pienso: «Cuando llegue la primavera... No habrá primavera».

Ella está de pie, anonadada por el dolor.

—¡Basta, por favor! ¡Basta, basta!

—Tienes razón: basta. —Se incorpora y va a servirse otro whisky. Permanece con el vaso en la mano, mientras que con la otra se acaricia el pelo en aquella parte de la cabeza. Vuelve a pensar, es inevitable. Las células malignas se multiplican incesantemente, originando su muerte—. Lo primero que me sucederá —explica—, me refiero a los síntomas finales, será que me volveré ciego. Eso es lo que me han dicho. Una mañana cualquiera abriré los ojos y no veré nada. O tal vez sea una ceguera paulatina, no hay modo de saberlo. Incluso ahora hay momentos en que creo no tener la vista que tenía, veo unas manchitas que se mueven delante de los ojos. Y me digo, «Ya viene, ya se va aproximando». Ahora contemplo las cosas de un modo extraño, desearía guardármelas dentro. ¿No has notado como te he mirado durante todo el día? Tengo miedo de no captar algún detalle. No quiero perderte. Cuando quede ciego quiero verte los ojos, el cabello, la boca, las pequeñas arrugas, y quiero seguir viéndote hasta el último instante.

Ella llora desconsoladamente, en silencio.

—Basta —consigue decir.

—Es cierto. Ahora ya sabes porqué te he hecho venir a Venecia. Necesitaba que alguien sufriera conmigo. Es una crueldad, lo sé. Y tendrás que perdonarme. Pero he comprendido que desde que te fuiste siempre he estado solo. Solo. Y cuando te encuentras en un caso como éste no basta con hablar de ello con los médicos y las

putas. Necesitas a alguien que pueda cargar con parte de tu dolor. Las putas, cuando les digo que tengo un cáncer en el cerebro salen corriendo. O aumentan el precio, aunque ahora lo único que deseo es que me escuchen. Tú, en cambio, me escuchas sin cobrar nada. —Ya ha desistido de su grotesco intento de ser gracioso y concluye —: Esto es lo que quería de ti.

Ella solloza, pero es imposible saber si con provecho.

—No llores —dice él—. Ahora ya basta. De veras. Me doy asco. Pero quiero que sepas una cosa: te quiero aunque no hagamos el amor.

—Lo sé.

—Nunca te he querido tanto como ahora. Si no, no te hubiera llamado.

—Yo tampoco te he querido nunca tanto como ahora.

—Así todo resulta perfecto. Vivimos en el mejor de los mundos.

Va a buscar el vaso de Whisky que ella había dejado sobre la mesita y se lo entrega. Ella solloza quedamente y se esfuerza por sonreír, aunque sin apenas conseguirlo. Humedece los labios en el alcohol que no le gusta.

—¿Me vuelves a poner el «allegro»? —pide.

Él apura de un trago el whisky que le queda; luego entra en la cabina de grabación y manipula en varios aparatos. Sus movimientos son seguros, está concentrado en lo que hace, seguramente en este instante no piensa en la muerte. Está, como si dijésemos, en su lugar, dentro de los límites de sus cortas esperanzas. Y, de pronto, llegan por los altavoces chirridos y voces apagadas y el sonido de los instrumentos de cuerda al ser afinados. Luego una voz que dice: «¿Listos?», e inmediatamente otras voces, y entre ellas la suya, más madura que las Otras. «¡Por favor, silencio!». «¿Preparados los violines?». «¿Otra prueba?». «No, vamos a grabar». «Ya lo habéis oído, atención: grabamos». Ella presta mucha atención, como si todo eso no hubiese ocurrido ya y estuviese sucediendo en aquel preciso instante, con presencias invisibles. Una voz anuncia: «Anónimo veneciano. Concierto en Re menor para oboe y cuerda. Primer movimiento, *allegro*. Cuento cinco y adelante». Unos segundos y enseguida: «¡Ahora!». Cinco y el *allegro* empieza con los violines que van en *crescendo* hasta que entra el oboe con notas sueltas, firmes, rápidas. Él baja el volumen y vuelve junto a ella.

Ella, atenta a la música, sonrío.

—Es bellísimo.

—Es una buena grabación teniendo en cuenta que trabajamos aquí, con medios improvisados. Incluso la cabina la hemos construido entre todos, los muchachos y yo. Sacaremos el disco, si aún tengo tiempo.

—Lo tendrás.

—Para mí es importante acabarlo. Es lo único que quedará de mí, de mis sueños, de mis ambiciones. Y mi hijo... ¿Sabes? Aquella idea de la que te hablaba, que me obsesionaba cuando era pequeño, de que no se acordase de su padre... estos días vuelve a atormentarme. Quería que recordase a su padre, no tal como soy,

naturalmente. No se me ha ocurrido ir a buscarle y decirle: «Mírame bien, soy tu padre, estás obligado a recordarme». No soy tan chorlito. Pero tú, cuando sea mayor, le puedes poner el disco y decirle: «El que toca el oboe es tu padre». Le dices que no hice nada más, pero que esto lo he hecho lo mejor que he sabido. Lástima que no sienta inclinación hacia la música.

—No es cierto. Le gusta.

—Esta mañana me has dicho que desafinaba.

—Lo he dicho por puro despecho.

La mira desconcertado, pero orgulloso, sonriente incluso.

—Siempre serás el mismo.

—Nunca.

Con la música se ha vuelto a crear una atmósfera más cordial. El concierto es espléndido y él está justamente orgulloso. Se aproxima a la mesita sobre la que están las bebidas y se sirve otro whisky; ella todavía tiene un vaso casi lleno. El *allegro* concluye y vuelven a oírse las voces. «Para mi gusto ha quedado muy bien». «Para el mío también». «Sí, pero hay que repetirlo. Ahora mismo, sin perder tiempo, aprovechando que estamos conjuntados...». Él entra en la cabina y apaga el magnetofón.

**E**l gran estudio queda en el más completo silencio, un silencio que no presagia nada bueno; hay que decir algo para que no sea posible pensar en una falta de sentimientos o en algo por el estilo.

—¿Se llamará *Anónimo veneciano*? ¿De verdad no se sabe quien lo escribió?

—Este concierto fue durante muchos años un misterio —dice él en un tono un tanto didáctico, contento de tener oportunidad de hablar de ello—. Se lo atribuyeron a Vivaldi porque fue encontrado en medio de otros conciertos de ese compositor reelaborados por Bach. Luego se encontró una edición original firmada por Marcello y, naturalmente, se pensó en Benedetto Marcello. Finalmente, hace veinticinco años, se descubrió otra edición impresa en Amsterdam en la que constaba el nombre completo: Alessandro Marcello, el hermano mayor de Benedetto, aunque no tan célebre como él. Es muy bonito que una obra salga del anonimato y que su autor sea conocido aunque no brille entre los más célebres. —Es evidente que, al mencionar la suerte de los menos célebres, se refería a sí mismo. Un poco de autocompasión no le viene mal; esto siempre le dio buenos resultados y ahora se ve en la necesidad de apoyarse en lo que sea. Hasta que llega a la conclusión más natural—: En el fondo, todos nosotros somos anónimos venecianos —y se sirve un poco más de whisky.

—¿No bebes demasiado? —pregunta ella sin excesiva solicitud.

¿Como va a beber demasiado quien tiene una o, como máximo, dos semanas de vida?

Pero él está demasiado atento al concierto para captar su falta de tacto. Y

responde seriamente, mostrándole el vaso:

—No. Mira, sólo es un poco. Esta noche tenemos grabación. —Hace una pausa; mueve la cabeza, evidentemente desaprobando, aunque no sea una desaprobación demasiado enérgica—. Ahora he descubierto que soy muy distinto a cómo creía ser. He vivido convencido de ser un palurdo sin dignidad, y no digo que no lo fuese. Y ahora que estoy a punto de palmarla; ahora que podría comprender en su significado más agradable la vacuidad y la nada de las cosas, se me impone este maravilloso sentimiento del deber, de la misión a cumplir, del concierto de oboe que he de legar a la posteridad, o al menos a mi hijo. Y está bien que así sea, me sacrificaré por el deber. Pero cuando acabe la grabación me emborracharé como una cuba todos los días que me queden. Adiós a las obras maestras que he de dejar. ¿No sabes que todos los años en Venecia hay unos cuantos borrachos que caen al agua y ya no vuelven a salir?

Después de la pregunta, que de hecho no es tal, calla. Es una suerte mínima esa de morir ahogado, sin darse cuenta, ebrio. Persiguiendo una postrera indignidad. La mira: ha tomado asiento en el sofá y permanece con la cabeza baja, desconsolada, seguramente poco convencida de la improbable muerte por agua.

—¿Te das cuenta de lo difícil que es? —dice él, bebiendo whisky a pequeños sorbos—. Todo resulta difícil. Parece que nos falte tiempo para estar juntos, y después no sabremos que decirnos. ¿No crees que sería mejor si fueses a coger el rápido? ¿Has pagado ya la reserva y el suplemento?

Ella se limita a mover la cabeza para dar a entender que no, que no los ha pagado, pero también podría ser que lo hiciese más por resignación que por estar realmente convencida de que desea quedarse.

—Comprendo que no sobran razones para estar alegre —observa él con un sarcasmo absolutamente involuntario—. Pero antes de verte así preferiría que te fueses a la estación ahora mismo.

Evidentemente, no le faltan razones. Ella apura el whisky que le queda en el vaso haciendo un esfuerzo. Luego se incorpora y todavía se sirve un poco más.

—Perdona —le dice, vuelta de espaldas hacia él—. ¡Me siento tan perfectamente inútil!

No es una frase vacía, ni falta de sentido, y sirve perfectamente para aproximarse a la verdad, o al menos a los sentimientos.

—¿Inútil? —exclama él—. Intenta imaginar lo que hubiera sido para mí este día de no haberte tenido a ti.

—¿Y mañana? ¿Y pasado mañana?

—Mañana viviré de hoy. Y pasado mañana también. Y estos mañanas no serán muchos.

Perfectamente, la muerte ya vuelve a estar ahí, como una obligada presencia. Vale más enfrentarse a su inevitabilidad mientras sea posible hacerlo. Se acerca al piano, junto a los libros.

—Antes —dice—, mientras has estado allí dentro, he ojeado algunos libros, los que estaban más a mano. He visto que habías subrayado algunas frases. Y hay alguna que me ha impresionado más que las otras. —Toma un tomito titulado *La irrealidad cotidiana*. Localiza rápidamente la frase subrayada y lee: «el suicidio entendido como una intervención del hombre en uno de los dos hechos que le escapan: la vida y la muerte».

—Sí, es de Ottieri —comenta él—. Está bien, ¿verdad? Además corrige un poco mi adhesión al *Eclesiastés* cuando dice que nadie puede hacer nada respecto al día de su muerte. Al menos hay algo posible respecto a nuestra muerte. —Pronuncia la frase con energía, pero el resultado es sólo una brizna de retórica. Con mayor prudencia, prosigue—: Cuando uno se encuentra en un caso como el mío, es natural que piense inmediatamente en el suicidio. El Padre Eterno te quiere fastidiar, y tú vas y te adelantas fastidiándolo a él, aunque sea con un acto un tanto ridículo.

Así va todo bastante mejor, aunque, en el actual estado de cosas, esta afirmación parezca un tanto aventurada. Y, efectivamente, ella dice:

—Pero no te has suicidado.

Lo dice mientras sigue sumisa en sus pensamientos, sin el menor indicio de provocación, aunque una observación de ese calibre pueda parecer bastante estúpida. Pero él también continúa absorto en sus pensamientos.

—Tengo entre manos el concierto —responde juiciosamente—. Quiero dejar el concierto a mi hijo. He sido un padre demasiado majareta y ahora siento esa obligación.

—¿Y después del concierto? —pregunta ella sin mirarle.

—Lo pensaré.

Ahora ella le contempla, y dice pausadamente:

—Tú no te suicidarás.

Al parecer, ya ha llegado a la provocación. Él hace un ademán de manifiesta irritación.

—Quieres decir que no soy ningún Hemingway, ¿verdad? Pues es cierto, no lo soy. Además, no todos los hombres han de sentirse toreros.

Ella le mira, siempre con la misma tranquilidad.

—Efectivamente, hay hombres que son mucho mejores que los toreros.

Lo dice exactamente así, sin que sea posible saber si en esas palabras existe una intención de mayor alcance o no. De todos modos, esa manera de hablar es justa; no se trata de argumentos evasivos, sino de la muerte, del suicidio, de dejar tras de sí algo que no sea indecente. Cuando tenemos a alguien a quién amamos es natural que nos preocupemos por la decencia.

—Quisiera que comprendieras que la muerte no me da miedo. Lo que me da miedo es el miedo a la muerte. No, no se trata de un juego de palabras. No me importaría que llegase la muerte sin que lo advirtiera... —Se interrumpe, afligido, pues es demasiado evidente que no hace falta tener un cáncer en la cabeza para

alcanzar tan alto grado de estoicismo. La muerte, considerada en sí misma, no es tan terrible si se la despoja de todo tipo de temores.

—Siempre he encontrado —admite honestamente— que la muerte tiene algo fascinante. Terror y atracción. De pequeño, cuando creía en Dios, las noches que me acostaba en estado de gracia rezaba pidiendo morir mientras dormía. Así hubiera despertado en el cielo. Ahora el cielo no significa nada. Aunque esa nada también puede ser algo bastante importante. Y no solo para mí. Para todos.

Ella le ha escuchado, pero sin seguirle. Sus pensamientos están más próximos y son más concretos. No quiere distraerse.

—Yo, si estuviese en tu lugar, también pensaría en el suicidio. Aunque creo que también me faltaría valor para hacerlo. Sé muy bien lo que es el miedo al miedo. Por eso preferiría que alguien me ayudase. No sé, que mientras durmiera alguien disparase, por ejemplo.

En definitiva, se trata de una propuesta válida.

—¿Serías capaz de hacerlo por mí? —pregunta él.

—Sí, creo que sí —responde.

No hay razón para dudar de la sinceridad, por contingente que sea, de esta afirmación. Si concurren las circunstancias oportunas, podría hacerlo. Y para él sería un modo de morir más sencillo, y seguramente menos solitario. Además, quién ha de morir en un plazo inevitablemente corto puede pasar por alto ciertos detalles que, por otro lado, él preferiría no evitar.

—No te preocupes —dice él, esforzándose en hablar de si mismo como si se tratase de un tercero—. Estoy en buenas manos. Foschini no es uno de esos médicos que se emperran en hacerte vivir cuando ya no es justo que vivas. Ahora ya me da todo lo que puede para alejar el dolor, e incluso para evitar la angustia. Fíjate, ahora estoy absolutamente sereno. Antes cuando he salido del estudio, no lo he hecho para no oír tu conferencia con Milán. He ido a ponerme una inyección. He aprendido a ponérmelas a través de los pantalones, como los morfinómanos. Y ahora ya estoy mejor, ¿ves? Bastante bien. Si quieres podemos hacer el amor.

Acerca de su mejoría, y especialmente acerca de su capacidad y voluntad de hacer el amor, podrían albergarse bastantes dudas. Ha hablado con demasiado énfasis para ser absolutamente sincero, su mal no es algo que pueda quedar fácilmente relegado a segundo plano, y el miedo al miedo todavía menos.

—Si quieres —dice ella con suave firmeza— podemos morir juntos...

Ésta sería otra solución, todavía menos solitaria. Pero no es aceptable por una infinita serie de razones, entre las cuales, honestamente, debe incluirse la de que él todavía no está enteramente preparado para la muerte. Si no fuese así, ¿por qué la habría hecho venir?

—Tonterías —dice, procurando eliminar todo vestigio de dramatismo—. Foschini me ha dicho que ni siquiera me daré cuenta. Lo creo. La ciencia puede hacer esto y mucho más. Todos podríamos morir pacíficamente si los médicos fuesen como

Foschini, que es de los pocos que creen que el dolor es injusto, y que el miedo al dolor todavía lo es más.

No se sabe si cree lo que está diciendo, ni si, en este instante, son cosas que le importen. Ella está allí, y no ha sentido lo que es específico de una relación inmediata con ella. Ha dicho, es cierto, que estaría dispuesta a morir a su lado, y rechazar la oferta podría ser un acto de vileza, no de valentía o de generosidad.

—Y, ahora, dejemos de una vez esta historia —dice irritado—. Yo, si quisiera, sería inmortal. Lo único que hay que hacer, es no darle ninguna importancia. Prueba a hacerlo y verás.

Ella se sienta en el sofá. Evidentemente, se siente confusa, y tal vez cansada. Se halla en el límite de cualquier aceptación, pero con el pensamiento decididamente concentrado en ese único problema y sobre la enorme confusión de sus sentimientos. Desearía morir junto a él, en un ofrecimiento puramente emotivo, y eso no quiere decir que no sea capaz de hacerlo, pero sólo podría hacerlo si ella se sometiera a él, por amor, evidentemente, no por piedad. La piedad no serviría para cancelar el problema de Giorgio y Silvia, ni de la trivial conservación. Tiene motivos más que suficientes para sentirse anonadada, para dudar de sí misma.

Él le entrega un gran paquete.

—Es un regalo para ti —dice.

Ella toma el paquete y lo deja sobre sus rodillas, sin experimentar la menor curiosidad por ver que contiene. Realmente se halla demasiado fatigada y demasiado desconcertada. Preferiría no encontrarse allí, pero le disgusta pensarlo, pues todo gira en torno a esa aguda percepción de su propia impotencia, que confía no tarde en desaparecer.

—¿No quieres saber qué es? Es algo muy bonito. Seguro que te gustará.

Ella abre el envoltorio mecánicamente. Pero cuando ve el contenido le presta mayor atención. Es una tela, realmente bonita, un brocado dorado. Muy femeninamente, en seguida queda prendada.

—¡Oh, es magnífica! —exclama, desdoblado el tejido—. Te habrá costado una fortuna...

Él no puede evitar una sonrisa; ella, siempre tan juiciosa y tranquila, siempre preocupada por el dinero, incluso en el momento menos indicado para ello, pues, aunque sea cierto que no le sobra, también lo es que lo poco que tiene no va a poderse llevar al otro mundo.

—No me ha costado tanto como imaginas —explica—. La fabrica un amigo mío. Está fabricada con un telar antiguo, a mano. Ha tejido vestidos para reinas. Y como ahora ya no quedan reinas tiene los viejos telares parados en una enorme sala, con todos los hilos preparados, como si fueran grandes telarañas. Es otro ejemplo de la Venecia que se hunde. ¿Quieres un espejo?

Ella asiente con un movimiento de cabeza. La maravilla del tejido desdoblado le ilumina los ojos, y ahora desea ver su cuerpo vestido con esta tela de reina.

Él abre la puerta de un armario en cuyo reverso hay un espejo suficientemente grande para reflejar toda la figura. Ella se contempla, tapándose con la tela, mirándose con creciente agrado, quizás incluso con demasiado olvido de la situación en que se hallan. Hasta que resuena la voz de él.

—En la vida de la mayoría de las mujeres, incluso el mayor dolor se apaga fácilmente probándose un vestido nuevo.

Ella deja caer la tela y se vuelve hacia él. Sabe que se ha equivocado cediendo tan fácilmente a la vanidad pero, a pesar de todo, le pregunta:

—¿Por qué lo dices?

—No son palabras mías —se apresura a responder él a modo de excusa, deseoso de ser perdonado—. Son de Proust. Las encuentro divertidas, no quería ofenderte. Por favor. No te entristezcas, no te entristezcas.

Pero ella ya se ha entristecido.

—Sí, sí, es cierto —dice con la escasa ironía que es capaz de acumular—. Probarse un vestido nuevo. De todos modos debería ser un vestido de viuda.

Todo esto es doloroso, mezquino incluso, y ambos lo saben. Él se acerca al piano, toca algunos libros, por hacer algo. Toca también la foto de ella; la foto dentro del marco de plata, en donde aparece tan espléndida, tan joven, con una expresión perfectamente receptiva, cualquier sentimiento que se le quiera atribuir sirve, aunque parezca verdad por una ligera melancolía. En el fondo jamás ha sido una persona alegre. Ni siquiera cuando hacía el amor.

—Ha sido un error hacerte venir —dice él—. Pero ahora ya no puedes tomar el rápido. Y los muchachos ya no tardarán en llegar. Me sorprende que todavía no hayan llegado.

Habla despaciosamente, haciendo un esfuerzo por recuperar un difícil control. En su interior desea ser duro, no dejar paso a ninguna estúpida debilidad. Recoge la valiosa tela y comienza a doblarla, aunque sabe que es algo que ella haría mejor. Pero ella permanece quieta, hundida, incapaz de hacer nada, y esa actitud también acaba por producir irritación.

—Recuerda que, cuando llegue el momento, tienes que irte sin hacerme una escena —advierte—. No soporto las escenas. Y mucho menos delante de los muchachos. Sería intolerable. Son chicos que me aprecian, me tienen por no sé quién. No podría permitir que una mujer como tú, en el fondo una mujer cualquiera, la amante de un millonario, para decirlo con malas palabras, que cuando quiere le pone cuernos... —se interrumpe, desconcertado, sin fuerzas para seguir hablando. Éste también es un camino equivocado, todavía más equivocado que los otros. Ha terminado de doblar la tela y la envuelve sin demasiada maña, pero lo mejor que le es posible.

Ella permanece quieta, de espaldas al espejo, con la mirada clavada en el suelo a fin de no mirar hacia ninguna parte.

—Por Dios, te suplico que digas algo —sigue diciendo él—. Haz algo mal hecho.

Necesito odiarte, ¿no lo entiendes? Si te odio no sufriré tanto sin ti...

Ella levanta la mirada y seguramente ni le odia ni le desprecia.

—Quiero morir contigo —dice.

Él se le aproxima. Deja el paquete con la tela sobre el sofá, le toma el rostro entre las manos.

—No, así no me ayudas. No es que no te crea. Pero no serviría de nada.

—¿El qué? —dice ella, pero como él tarda en explicárselo, ya no sirve de nada y le toma las manos y se las besa.

—¡Tus manos! —murmura.

Se encuentran tan unidos y tan próximos, que no pueden evitar besarse, besarse con otro beso que es un acrecentado deseo de fundirse y acabar. Los labios de ella se abren súbitamente rendidos, dulces y deseosos de sentir, con toda la sensibilidad a flor de boca, sin cuerpo ni sexo, sin que exista siquiera el cáncer en la cabeza, solo con el alma, con la extraviada exigencia de santidad y, naturalmente de eternidad, hasta llegar a no tener ni idea del tiempo que eso puede durar. De pronto, suena la campanilla de la puerta y el milagro se desmorona precipitadamente. Él se levanta y pulsa el botón que abre la puerta de la calle. Regresa a su lado sonriente y entristecido.

—Lástima, —dice—. Esta vez quizá hubiéramos acabado haciendo el amor. Nunca te había besado tan bien. De todos modos, ahora al menos para mí, ya no es una necesidad como antes.

Ella no le contesta, le mira como si se fundiese con él.

Y él vuelve a sonreír, o por lo menos lo intenta.

—Tiene que subir cuatro pisos —explica—. Todavía tenemos tiempo. ¿Que me has de decir? ¿No tienes nada que decirme?

—Te quiero.

—No le digas a Giorgio que me has visto. No le digas nada de mí cuando sea capaz de comprender.

—De acuerdo.

—Cuando sea mayor le pones el concierto; seguro que lo dejamos grabado. Y le dices que, mientras tocaba, pensaba en él. En él y en ti.

Ya ha transcurrido cierto tiempo, y en la escalera se oyen los pasos y las voces de los músicos. Él todavía aprovecha para decir:

—¿Recuerdas lo primero que te dije esta mañana?: «Gracias por haber venido». Intentaba hacerme el gracioso, pero en el fondo era absolutamente sincero.

—Temo haberte hecho más daño que otra cosa.

—Me has hecho un gran bien.

Los músicos ya han llegado al piso, se oye como ríen y bromean. Suena el timbre de la puerta.

—Creo que ahora me podré ir con dignidad —dice él mientras va a abrir—. Es estúpido pero creo que ahora no tendré tanto miedo. Tú me has ayudado. Y me

ayudarás cuando piense en ti.

Abre y entran todos los muchachos, alegres, vestidos idénticamente chicos y chicas, con jerseys y pantalones vaqueros, algunos con sus instrumentos dentro del correspondiente estuche. Todos saludan educadamente.

—Buenas tardes profesor.

Y a ella, sin mostrar gran sorpresa:

—Buenas tardes, señorita.

Él se encuentra ahora perfectamente centrado, sus facciones son nobles, como se supone deben ser las de un genio, aunque sea un genio ignorado. Los presenta a medida que entran:

—Giovanni, Federico, Antonia, Guglielmo, Roberto, Giuseppe, Sofia, Luigi, otro Giuseppe, Guido, Giulio, Caterina, Vicenza, Ignazio, Sergio, Filippo, Mariuccia, Camillo. —Y concluye apuntando hacia ella—: Mi mujer.

Camilo se ha detenido, sonriente, mirándola. Lleva el pelo largo, tiene un rostro asexuado y la boca demasiado grande.

—¡Vaya, su mujer! —dice, divertido. Y a ella—: No le haga caso señorita, el profesor siempre está bromeando.

Él ríe con simpatía.

—La verdad siempre es lo más difícil de creer —comenta.

Ella también le sonrío.

—¡Ve a saber las mujeres que les habrás presentado!

—Siete u ocho, no recuerdo bien —dice, siguiéndole la broma.

Los muchachos han ocupado rápidamente sus lugares; los técnicos se hallan ante los aparatos; los demás tras sus atriles. Sacan de los estuches violas y violines, y los afinan produciendo una estridente algarabía de sonidos.

Él toma el librito que tanto aprecia, el *Ecclésiastés*, y se lo lleva a ella, que se ha quedado junto a la puerta, sin saber que hacer, sintiéndose extraña ante la llegada de los músicos.

Con su llegada, él también ha cambiado totalmente, se muestra seguro de sí mismo, desenvuelto, intentando adaptarse a su alegría. Pero, junto a ella, ambos algo alejados hacia la puerta, existe una especie de dolorosa complicidad.

—Toma —dice, alargándole el libro—, te lo regalo. —Y ante un pequeño ademán de rechazo por parte de ella, añade—: Quédatelo, mañana me compraré otro. —Y vuelve a insistir porque ella parece remisa—: Es pequeño pero de un valor inapreciable. Ábrelo al azar y siempre encontrarás algo que te convendrá saber. ¿Quieres que lo probemos?

A pesar de todo, la presencia de los músicos no puede ser ignorada, y ella se siente incomoda en la complicidad que le gustaría proporcionarle. Él ha abierto el libro, aparentemente al azar, y ojea la página hasta que esboza una sonrisa, satisfecho. Ha encontrado algo que se adapta, bien o mal, a la circunstancia. Lee:

—«Los amores, odios, envidias, ya se han acabado y jamás volverán a intervenir

en lo que haga bajo el sol... Ve, come contento tu pan y bebe con gusto tu vino, porque lo que haces es la voluntad de Dios...».

La voz de uno de los muchachos, ignorante, llega interrumpiéndoles:

—Estamos listos, profesor.

Él se vuelve para responder:

—Voy enseguida. —Y vuelve a mirarla sin leer, pero citando de memoria—: «Que tu vestido siempre sea blanco, que no falten ungüentos en tu cabeza» —y le coloca el libro entre las manos sin que ella encuentre la forma de hacer o decir nada.

**H**a sacado el oboe del estuche que se encontraba sobre el piano y ha ido a colocarse, de pie, en el centro del semicírculo formado por los músicos que le esperan con los instrumentos ya afinados, listos para empezar. Permanecen así unos instantes, buscando la disposición necesaria. Luego seguro tranquilo dice:

—Si no os importa, primero haremos una prueba.

—Pero la prueba también la grabaremos —propone el muchacho que se encuentra en la cabina.

—De acuerdo.

Ahora permanece inmóvil, fijo en una concentración que aparentemente no le cuesta esfuerzo alguno.

El concierto es algo concreto y puede constituir la piedra de toque de su limitado futuro. Es bueno poder asirse a la música o a la poesía, buscar una relación con el arte, no con ella. La muerte es algo que acontece en solitario; no podemos morir juntos, como no sea en el sentido de que todo y todos hemos de morir, y por el hecho de que vivimos en una ciudad en donde esa situación es hartamente evidente. Hace una señal al muchacho de la cabina para indicarle que ya pueden empezar.

Y, desde la cabina, el muchacho con voz incluso un poco demasiado profesional, pronuncia las palabras que quedarán grabadas:

—*Anónimo veneciano*. Concierto en Re menor para oboe y cuerda. Segundo movimiento: *Adagio*. Grabación de prueba. Uno, dos, tres, cuatro... ¡ahora!

Continúa inmóvil, aunque ahora está tenso, con los ojos cerrados, sabiendo que las miradas están fijas en él. Cuenta mentalmente los cinco compases. Es un periodo mágico, que de todos modos sólo requiere atención: además, lo han estado estudiando y ensayando mucho tiempo, y la emoción es simplemente marginal, incluso podría decirse que sólo es ocasional, puesto que puede ser relacionada con la presencia de ella, aunque la cosa no resulte excesivamente evidente.

Así transcurren los cinco larguísimos compases, y, por fin, él hace un gesto casi imperceptible con la cabeza, y los arcos atacan al unísono, perfectamente. Primero pianísimo, luego en un crescendo de acordes cadenciosos, mientras él ya se lleva el oboe a los labios y en el momento preciso toca. Las tristísimas notas empiezan a fluir del instrumento con la debida lentitud, a un tiempo sollozantes y pacificadoras, con

una pureza de sonido y de inspiración que acaba por superar toda incertidumbre, pecado o enfermedad, y eso a causa de un puro milagro de felicidad, como si las cosas dadas sólo pudiesen ser cosas, es decir, como si perteneciesen a un orden que estuviese por encima de la casualidad de los acontecimientos y del vivir. Este es modo como lucha, siempre con los ojos cerrados, contra el miedo a su miedo.

Pero después abre los ojos y los fija en ella, que permanece fascinada junto a la puerta, con el librito y el paquete con el brocado de reina en las manos, dispuesta a una partida siempre diferida, inmersa en un tiempo que probablemente no pasará nunca, si es que la emoción ligada a una melodía y a un sentimiento puede llegar a alcanzar la eternidad.

Las notas del oboe, sin embargo, se hacen inseguras, desafinadas, y los muchachos le miran, incrédulos, algunos dejando de tocar, y él también se detiene. Ha vuelto a cerrar los ojos, con el rostro tenso por el esfuerzo que tiene que hacer para dominar su emoción. Lo que estaba tocando no era sólo el dolor por la muerte de un hombre, era la desesperada resignación por la muerte de una ciudad, de todo eso que uno, quizás ha vivido. Y en una desolación tan grande y perfecta no caben pequeñas historias personales.

Cuando vuelve a abrir los ojos y la mira, ya ha conseguido el aplomo que precisa y logra hablar con voz segura y firme.

—Querida, creo que te deberías ir. El tren no espera a nadie.

Ella permanece perpleja un instante, casi parece que intente denegar con la cabeza, pero después acumula todas sus fuerzas y sale apresuradamente, sin volverse para mirarle, y es mejor así, mucho mejor para ambos.

Ahora que ella se ha ido, él vuelve a mirar a los músicos, debe conseguir que recuperen la confianza, puesto que la interrupción ha sido bastante desafortunada. Pero logra sonreírles.

—Perdonad —dice. Y los mira uno por uno. Giulio, Caterina, Sergio, Ignazio, a todos hasta llegar a Marcello, que sostiene entre sus piernas abiertas un enorme violoncelo. Confían en él, y basta su mirada para tranquilizarlos respecto a una debilidad que no volverá a producirse.

—Otra vez —dice, y hace un gesto al muchacho de la cabina.

Y el muchacho vuelve a poner en marcha las cintas y repite las palabras que quedarán grabadas, tan indiferentes y estereotipadas como se quiera, pero cargadas de seguridad:

—*Anónimo veneciano*. Concierto en Re menor para oboe y cuerda. Segundo movimiento: *Adagio*. Grabación de prueba. Un, dos, tres, cuatro... ¡ahora!

De nuevo se inmovilizan, permanecen en la breve e interminable espera. Pero ahora la concentración es más fácil, puesto que la intrusa ha desaparecido. A la señal del solista, los arcos atacan, primero apenas perceptibles, luego más seguros en los lentos acordes de espera.

Luego ataca el oboe, preciso, seguido con anhelo y exactitud por los demás,

tejiendo el antiguo concierto que habla de la resignada desesperación por la muerte de un hombre, y tal vez de una ciudad, y tal vez, incluso, de todo aquello que ya ha sido sobradamente vivido.



GIUSEPPE BERTO (Mogliano Veneto, 1914 - Roma, 1978) fue un escritor italiano. Al acabar la escuela secundaria, se alistó en el ejército, participando en distintas campañas militares en África, y al mismo tiempo, se matriculó en la Facultad de Letras de la Universidad de Pádua y se graduó en 1940 con una licenciatura en Historia. El sentimiento patriótico distingue toda la juventud de Berto como resultado de la educación fascista. Hecho prisionero durante la Segunda Guerra Mundial, es enviado a un campo de concentración en Hereford (Texas), donde renació en él el deseo de escribir, pasión inconsciente y frustrada de su juventud. Sus primeras novelas, que pertenecen a la corriente del neorrealismo, se inspiran en sus experiencias como soldado en las milicias fascistas, como *El cielo está rojo* (Il cielo è rosso, 1946), que se convirtió inmediatamente en un éxito internacional y que le valió el Premio Firenze de literatura de 1948, además de los elogios de Ernest Hemingway. Con posterioridad, ingresó en el Partido Comunista. Su novela más célebre es *El mal oscuro* (Il male oscuro, 1964), relato autobiográfico que ganó los prestigiosos premios Viareggio y Campiello. Fue llevada al cine en 1989 por Mario Monicelli.

*Anónimo veneciano* también fue llevada al cine. Es una película italiana dirigida por Enrico María Salerno en 1970, siendo ésta su opera prima. La banda sonora de la película, compuesta por Stelvio Cipriani, alcanzó gran popularidad.